

EL LIBRO DEL PUEBLO

ENCICLOPEDIA POPULAR HISPANO-AMERICANA

JUAN DE CASTRO

EL DUQUE DE ALBA

G-F 7801

COMPANIA
IBERO-AMERICANA
DE PUBLICACIONES
S. A.



M.B.



Dfcl
.4

EL DUQUE DE ALBA

CB. 1168539

t. 100318

Núm. 28

EL LIBRO DEL PUEBLO

Serie IX-4.

JUAN DE CASTRO

El Duque de Alba



CIAP



COMPAÑÍA IBERO-AMERICANA DE PUBLICACIONES (S. A.)

MADRID

1931



Compañía General de Artes Gráficas.—MADRID

R. 100989

CAPITULO PRIMERO

UNA INFANCIA BELICOSA.—UN GOBERNADOR DE DIECISIETE AÑOS.—UN CONSEJO DE GUERRA, UNA PREDICCIÓN Y UNAS LÁGRIMAS.

Don Fernando Alvarez de Toledo, distinguido en la ilustre serie de los duques de Alba con el dictado de «grande», nació en Piedrahita el 29 de octubre de 1507. Era hijo de D. García de Toledo y nieto de D. Fadrique, titular a la sazón del ducado de Alba. En el año de 1510, D. García tomó parte, a las órdenes de Pedro Navarro, en la funesta expedición a la isla de los Gelves, y en ella pereció, combatiendo esforzadamente, a manos de los moros. El huérfano Fernando quedó a cargo de su abuelo. Llamado éste, pocos años después, a la conquista de Navarra, como Capitán general del ejército castellano, llevó consigo al nieto. El cual se aficionó tanto al espectáculo de la guerra, que, no contento con verla de cerca, quiso aventurarse a intervenir en ella, estando a punto de ser hecho prisionero en una escaramuza.

Terminada, en 1515, la conquista de Navarra, don Fadrique pudo dedicar, y dedicó, mayor solicitud a la educación e instrucción de Fernando, poniéndole bajo la enseñanza de los mejores maestros. Uno de ellos fué el célebre poeta Boscán, precursor del divino Garcilaso:

pero no parece que le aprovecharan gran cosa sus lecciones, porque en toda la vida de nuestro héroe apenas se descubre signo alguno de inclinación poética. En cambio, hacía progresos inauditos en todas las disciplinas bélicas, ya recibiendo las autorizadas enseñanzas de su abuelo, ya estudiando, sobre todo, con insaciable afán las obras militares de Vegetio. No contento con la teoría, quiso pasar a la práctica. Reclutó otros muchachos de su edad y aficiones, y, trocado de discípulo en maestro, les instruyó y disciplinó militarmente. Divididos en bandos, libraban empeñadas batallas, de las que solía ser árbitro el propio D. Fadrique, cuyas decisiones causaban a Fernando, cuando le eran favorables, un orgullo y un placer indecibles.

Pero todo esto no era sino echar leña al fuego de su imperiosa vocación nativa. Aquella guerra, al fin, era de mentirijillas, y él quería la guerra de veras. A los catorce años, ya pedía a su abuelo, con lágrimas en los ojos, que le diera un regimiento para ir a pelear contra los comuneros de Castilla; y a los diecisiete, no pudiendo reprimir sus marciales impulsos, se escapó de casa y se presentó en el ejército del condestable D. Iñigo Fernández de Velasco, que se hallaba sitiando la plaza de Fuenterrabía, ocupada por los franceses.

Don Iñigo acogió con franca benevolencia al prófugo, le alcanzó el perdón de su abuelo y le confió bien pronto el mando de algunas fuerzas. Acicateado el mozo por su afán de lucha y por su anhelo de distinguirse, a tales temeridades se arrojó en los primeros empeños, que el Condestable hubo de amonestarle severamente, prohibiéndole para lo sucesivo provocar ni aceptar combate sin expreso mandato suyo.

La admonición fué maravillosamente aprovechada. El futuro Duque de Alba, acreditada ya su valentía como soldado y aspirando a más altos empeños, puso el recio empuje de su voluntad en capacitarse para ellos, contrastando en la misma escuela de la guerra las enseñanzas aprendidas en Vegetio, observando y estudiando la importancia y utilización del terreno y de las armas, la organización, disciplina y necesidades de las tropas y,

tomando por modelo a su propio General, los cuidados y providencias que se requieren para regir, mantener y emplear acertadamente un ejército.

Cuando se le encomendaba alguna función de guerra, la desempeñaba con el mismo valor que antes, pero con más cautela y pericia y, por tanto, con mayor provecho. En el combate, los soldados le seguían con el ardor que infunde la confianza en la victoria; en el Consejo, los más expertos capitanes admiraban la madurez y el tino de sus opiniones, así como la elocuencia y autoridad con que sabía exponerlas; y en todo lugar y ocasión, el Condestable le distinguía y le otorgaba la confianza más absoluta. De día en día se iban acrecentando su prestigio y la amplitud de sus funciones; y cuando al fin se rindió la plaza, aquel mozo de diez y siete años fué nombrado gobernador de ella por el Condestable, con asentimiento y aplauso del ejército.

Tres años más tarde, por muerte de D. Fadrique, heredó Fernando el ducado de Alba; al siguiente (1528) contrajo matrimonio con D.^a María Henríquez, y durante algún tiempo se dedicó a la vida de familia.

Pero ya en 1531 le hallamos empeñado en otra guerra. Invadida Hungría por el emperador turco, Solimán, acudió Carlos V a combatirle con un ejército en el que figuraba el flamante Duque de Alba. A la aproximación de los cristianos, Solimán emprendió la retirada. Carlos reúne en Consejo de guerra a sus capitanes, y cuando la mayoría de ellos se inclina a poner a los fugitivos «puente de plata», el joven Duque alza su voz para aconsejar que se les persiga sin tardanza. Hace ver que la ocasión es propicia para batir al turco o, cuando menos, para alcanzar sobre él, por el hecho de perseguirle, una victoria moral que le desanime para nuevas invasiones y que levante, por el contrario, los decaídos alientos del Imperio y de toda la Cristiandad; y con tal doctrina y elocuencia supo argumentar su opinión, que el Conde de Nadasti, admirado de propios y extraños por su heroica defensa de Buda, hubo de decir en pleno Consejo *«que jamás España había producido mayor hombre y que sería el primer Capitán de su era»*.

No se decidió el Emperador, sin embargo, a seguir el parecer del Duque, contra el de tantos caudillos de mayor experiencia, y sólo consintió en que fuese destacada la Caballería ligera, para picar la retaguardia al enemigo. El Duque solicitó ser encargado de ello; pero como las fuerzas que mandaba eran de hombres de armas o caballería pesada, no le fué concedido. Esta negativa le hizo llorar de rabia; y a los amigos que pretendían consolarle poniéndole de manifiesto los riesgos que hubiera corrido, les replicó de este modo: *«Séame Dios testigo que nada he deseado con más pasión que el morir peleando por la Fe, por la Patria y para sostener el esplendor de mis antepasados.»*

Esos tres objetos constituyeron, en efecto, el supremo ideal de su vida. Y la consagración a ellos hasta el fanatismo, imprimió en toda su persona una cierta severidad que, si no tan extremada y constante como llegó a ser con el tiempo, le distinguía ya, como prematuro rasgo característico, en lo más lozano de su juventud. He aquí el retrato que de él, a la edad de veintidós años, hace su biógrafo Rustant:

«Era garboso, de bello aspecto, los ojos vivos y severos, el aire majestuoso, robusto, el paso firme, buen jinete, y pocos le imitaban en su gracia liberal; con moderación daba a los que merecían, y a proporción de los años aumentó en virtud, aunque a los últimos se le notó de menos generoso. Era jocosos con gracia, y si éstas herían a alguno y lo conocía, se excusaba luego. Mortificábase en sus gustos, sabía ceñirlos a lo que convenía. Fué decente sin afectación ni delicadeza, tenía pasión por los caballos y mantenía los mejores y más hermosos que pudiese tener de varias partes de Europa. Tenía mucho gusto en mantener en su casa gran número de jóvenes caballeros; miraba esta comitiva como su ornamento durante la paz y como su guarda fiel en tiempo de guerra.»

CAPITULO II

LA CONQUISTA DE TÚNEZ.—LA EXPEDICIÓN SOBRE MARSELLA.—LA ENTREVISTA DE AGUAS MUERTAS.—LA CAMPAÑA CONTRA EL DELFÍN.—EL DUQUE, CAPITÁN GENERAL DEL REINO.

El célebre corsario Barbarroja, «que de aprendiz de alfarero había llegado a ser rey de Argel y de Tremecén y gran almirante del sultán de Turquía, Solimán II», habíase apoderado también del reino de Túnez, destronando al monarca Muley Hamed. El Mediterráneo era suyo, y las costas de los países cristianos hallábanse indefensas contra las demasías de los piratas. Para dar fin a ellas, atacando a Barbarroja en sus propios dominios, el emperador Carlos V, aliado con el Papa, con las repúblicas de Génova y Venecia y con otros estados italianos, reunió un poderoso ejército que, embarcado en una escuadra de 420 naves, se dirigió a las playas tunecinas. «*Yo os prometo que esa armada tan poderosa no la veréis volver*», cuéntase que dijo Barbarroja a los suyos.

Llevaba el Emperador a sus órdenes a los más esclarecidos capitanes cristianos de mar y tierra. Los insignes marinos Andrés Doria, genovés, y D. Alvaro de Bazán, español, gobernaban la escuadra. A la cabeza de las tropas figuraban caudillos de tanto renombre como el Marqués del Vasto, Hernando de Alarcón y el Marqués de Mondéjar; con ellos iba también el Duque de Alba, encargado del mando de la caballería pesada española.

A mediados de junio de 1535 desembarcó el ejército imperial en las inmediaciones de la Goleta, sin que el enemigo tratase de impedirlo. Pero a los pocos días, en medio de una noche tempestuosa, los infieles atacan el campo cristiano, sorprendiendo y destrozando un cuerpo de tropas mandado por Alfonso de la Cueva; al estruendo del combate acude el Duque de Alba al frente de sus jinetes, sorprende a su vez a los atacantes, los pone en fuga y los persigue hasta las mismas murallas de la Goleta. Rendida esta plaza el 14 de julio, el Emperador se dispuso a marchar sobre Túnez. La mayoría de los jefes, alegando los quebrantos sufridos por el ejército, lo riguroso del calor y la superioridad numérica de las huestes de Barbarroja, intentaron persuadir al soberano a que se contentase con las ventajas ya alcanzadas o a que, por lo menos, aplazase su propósito; sólo el infante D. Luis de Portugal y el Duque de Alba se pronunciaron en apoyo de los deseos del Emperador. Éste decidió inapelablemente la cuestión con aquellas palabras memorables: *«O quedará muerto en Africa o entraré vencedor en Túnez.»*

En la madrugada del 18 de julio se puso en marcha el ejército imperial. El Duque de Alba, a la cabeza de sus jinetes, iba en la retaguardia; era éste un puesto de señalado riesgo y honor en aquella guerra, atendida la costumbre que tenían los infieles de emboscarse y dejar pasar el grueso del ejército para atacar de improviso la retaguardia.

Después de muchas horas de caminar bajo un sol abrasador, extenuadas las tropas de sed y de cansancio, dióse vista al ejército enemigo. El mismo Barbarroja, al frente de más de 100.000 hombres, había salido de Túnez y ocupado ventajosas posiciones, estableciéndose delante de un acueducto que en el camino había, para privar de agua a los cristianos. El Emperador quiso en aquella jornada disponer por sí mismo el orden de batalla de su ejército: situó a la derecha a los españoles; a la izquierda, a los italianos, y en reserva, a los alemanes. Estimulados los cristianos por la vista, el ejemplo y las fogosas arengas del monarca, y ansiosos de llegar al

acueducto para saciar la sed que les devoraba, acometieron con furor. Los españoles se iban abriendo paso entre los compactos escuadrones de Barbarroja; pero los italianos fueron rechazados y obligados a retroceder, sin que los alemanes se moviesen para acudir en su auxilio. Entre tanto, numerosas bandas enemigas, siguiendo su acostumbrado ardid, caían sobre la retaguardia cristiana; pero el Duque de Alba, apercebido para el caso, rechazó a los atacantes, persiguiéndoles un buen trecho y poniéndoles en completa dispersión. Conjurado el peligro por aquella parte, acudió el Duque en apoyo del ala izquierda, que se hallaba gravemente comprometida. Las repentinas y vigorosas cargas de las lanzas españolas contuvieron el empuje enemigo y permitieron rehacerse a los apurados italianos. No contento con esto, el Duque, tomándose atribuciones de general ante lo urgente del caso, dirigióse a los alemanes, que continuaban inmóviles, increpóles enérgicamente y les hizo avanzar, con lo cual se decidió la batalla en favor de los imperiales. «Nadie dudó—dice Rustant—que esta famosa victoria fuese obra del Duque».

Barbarroja intentó refugiarse en Túnez; pero habiéndose sublevado y recobrado la libertad los cautivos cristianos, y viendo que sus tropas, desalentadas, le abandonaban, emprendió la huida, renunciando a toda resistencia. El día 21 de julio de 1535 entró victorioso en Túnez el Emperador Carlos V.

El Duque recibió del soberano calurosas felicitaciones y, por singular favor de la Providencia, un presente tan precioso como inesperado: las armas que llevaba su padre, D. García, en la funesta jornada de los Gelves, y que fueron encontradas entre el copioso botín recogido ahora por los cristianos. Todas estas glorias debieron de lisonjear tanto más al Duque cuanto que de ellas pudo hacer partícipe a su propio hijo D. Fadrique; porque así como su abuelo le había llevado a él, cuando era niño, a la guerra de Navarra, él había llevado a su hijo, niño también a la sazón, a la guerra de Túnez. Esta determinación, tomada y sostenida contra las lágrimas de su esposa y los consejos de sus amigos, le

había costado agrias recriminaciones y, quizá también, amargas horas de remordimiento; pero de todo se daría por desquitado al poder presentar ante los atónitos ojos del niño, rescatadas por el valor del padre, y por ello doblemente gloriosas, las armas glorificadas ya por la heroica sangre del abuelo.

Al año siguiente (1536), la incesante rivalidad de Carlos V con Francisco I de Francia encendió entre ellos por tercera vez la guerra. El Emperador, al frente de 50.000 infantes, 10.000 caballos y 100 cañones, decidió invadir el reino enemigo. El objetivo militar de la invasión fué tratado en Consejo de guerra. Antonio de Leyva, tan autorizado por su brillante intervención en la victoria de Pavía, propuso ir sobre Marsella. Contra este parecer y contra el del Emperador mismo, que lo apoyaba, el Duque de Alba sostuvo que se debía marchar sobre Lyon, fundándose en poderosas razones militares. Marsella era una plaza de guerra fuerte y bien guarnecida y aprovisionada, capaz de sostenerse largo tiempo sin recibir auxilio. El ejército de Francisco I, recién batido en Italia por el imperial e inferior a éste por entonces, no tendría que acudir en socorro de la plaza, sino que se dedicaría a reorganizarse y reforzarse mientras los españoles se debilitaban combatiéndola; y, a la postre, éstos tendrían que levantar el sitio o arriesgar, con sus efectivos ya mermados, una batalla, de antemano perdida, contra fuerzas frescas y superiores en número. Lyon, por el contrario, siendo una ciudad de las más ricas e importantes de Francia, se hallaba casi indefensa. Si el rey Francisco no acudía en su socorro, el Emperador se aseguraría a poca costa de tan valiosa prenda, quedando el enemigo desprestigiado; y si éste acudía inmediatamente a defenderla, como era casi seguro, tendría que afrontar la lucha con las reducidas fuerzas de que entonces disponía, ofreciendo al Emperador una fácil victoria. A pesar de estas razones, prevaleció la opinión de ir sobre Marsella. El Duque, encargado del mando de la vanguardia, «arrasó—dice Rustant—todos los lugares por donde pasó, poniéndolos a sangre y fuego», con el propósito quizá de irritar a los

franceses, atrayéndoles a empeñar batalla; pero, lejos de ello, el ejército enemigo se retiraba siempre, devastando, a su vez, el país, para privar de recursos a los imperiales. Al llegar cerca de la plaza, el Duque, enviado a reconocerla, dijo «que seguramente no se tomaría»; y cuando, cercada ya ésta, se fueron revelando los peligros y dificultades de la empresa, aconsejó al Emperador reiteradamente que levantara el sitio. Carlos se negó a ello con obstinación, hasta que los repetidos fracasos de sus ataques y la mortandad que por exceso de sufrimientos y falta de recursos padecían sus tropas, y de la que llegó a ser víctima el mismo Leiva, le obligaron a desistir de su empeño y a emprender una retirada humillante, hostilizada por el ejército francés. Aquel fracaso, tan amargo para el orgullo del Emperador, le hizo apreciar más, en adelante, la capacidad militar del Duque, cuyos consejos se lo hubiesen evitado si no se hubiera obstinado en desoírlos.

Ajustada, en 1538, la tregua de Niza entre Francisco I y Carlos V, y al regresar éste, por mar, a España, una tempestad le obligó a detenerse en el puerto francés de Aguas Muertas, inmediato a Montpellier. El rey Francisco, en una pequeña embarcación, se dirigió a la galera imperial para hacer al Emperador una visita de cortesía. Carlos, creyéndose obligado a devolver la atención, pero recelando de la buena fe de su antiguo rival, sometió la duda a sus consejeros. La opinión dominante fué que si el rey de Francia se había podido fiar del Emperador, éste no se debía fiar del rey de Francia, cuya sospechosa cortesía no era tal vez sino una aña-gaza para hacerle ir a tierra y apoderarse traídoramente de su persona. Contra estos consejos se alzó indignada la voz del Duque de Alba. Si el Emperador, por un recelo indigno de su majestad, dejaba de corresponder a la noble confianza del monarca francés, quedaría humillado y cedería a su rival la palma de la hidalguía caballeresca. No era lícito atribuir temerariamente a un rey cristiano tan alevosas intenciones; y en el caso de que las abrigara y se atreviese a ponerlas en obra, caería sobre él la execración del Mundo y la justa venganza

de los súbditos del Emperador. Carlos V siguió el consejo del Duque, y no tuvo motivos para arrepentirse. Francisco I, lejos de atentar contra él, le colmó de atenciones y agasajos, demostrando en aquella ocasión que no en vano se le llamaba «el rey caballero». Y al regresar Carlos a la imperial galera, satisfecho de su regio huésped y de sí mismo, dió calurosas muestras de agradecimiento al Duque, diciendo que había sido «*el salvador de su reputación*».

Aunque la tregua de Niza había sido ajustada por diez años, sólo habían transcurrido cuatro cuando Francisco I, aliado esta vez con el sultán de Turquía, Solimán, declaró de nuevo la guerra a Carlos V. Uno de sus ejércitos, mandado por su propio hijo, el Delfín Enrique, recibió la misión de apoderarse de Perpiñán y penetrar luego, por el Rosellón, en Cataluña. El Emperador encargó de la defensa de toda aquella región al Duque de Alba, recomendándole que se hiciese fuerte en Perpiñán. El Duque pasó, en efecto, a esta plaza, mejoró sus fortificaciones y la proveyó de cuantiosos abastecimientos; pero en vez de encerrarse en ella, dejó allí una escogida guarnición, al mando de los capitanes Cerbellón y Machicao, y con el resto del ejército, después de asegurar los pasos de los Pirineos, se estableció en Gerona, para atender a la defensa de la costa catalana y recibir los refuerzos que habían de llegarle de Castilla. A las reiteradas instancias que se le hicieron para que no abandonase Perpiñán, contestó explicando las razones que a ello le inducían. Según su opinión, el general de un ejército no debe encerrarse en una plaza sino en último extremo, porque con ello acrece la moral del enemigo y debilita la de sus tropas; aquél viene a saber dónde tiene que concentrar sus esfuerzos y puede concentrarlos con libertad completa, no teniendo que temer nada, o muy poco, de las fuerzas exteriores, privadas de su general, mientras los defensores de la plaza, viendo a éste encerrando medrosamente y no esperando auxilio eficaz de fuera, se acorbadan y desmayan. Tal como quedaba la plaza, podía resistir largo tiempo; libre él en su iniciativa y movimientos, podría,

con el resto de las tropas, amenazar las comunicaciones del enemigo y sorprender sus destacamentos y convoyes, manteniéndole en constante alarma y distrayendo su atención y sus fuerzas de los empeños del sitio; y en último extremo, un general que sabe su oficio siempre halla ocasión de socorrer una plaza que está en peligro.

Por este tiempo, y temiendo una invasión francesa por los Pirineos occidentales, fué el Duque a Pamplona y dictó unas instrucciones para su defensa, que han quedado en la Historia como modelo. En ellas prescribía: las cantidades de provisiones que debían acumularse y el modo de acopiarlas y renovarlas, dictando normas para la estadística y requisición de los recursos del país y para evitar daños y molestias a sus habitantes; los reparos y nuevas obras que se debían ejecutar en mejora de las fortificaciones; las reglas convenientes para el servicio y vigilancia de la plaza; las medidas especiales para la defensa en caso de ataque enemigo, etcétera. Tales y tan completas eran aquellas instrucciones, que al conocerlas el condestable D. Iñigo Fernández de Velasco, nombrado después capitán general de Navarra, cuéntase que dijo: *«Yo no tengo más órdenes que dar ni medidas que tomar; el Duque lo ha hecho todo.»*

Entre tanto, el Delfín, al frente de un ejército de 40.000 infantes y 4.000 caballos, marchaba sobre Perpiñán y le ponía sitio. Las previsiones del Duque de Alba no resultaron fallidas. Las recias fortificaciones de la plaza hacían muy larga y costosa la labor de la artillería para abrir brecha en ellas; los intentos de asalto eran bravamente rechazados por las veteranas tropas de Cerbellón y de Machicao; los esfuerzos para batirla por medio de minas se estrellaban contra los cimientos de roca de la plaza; y como, por otra parte, las correrías de las tropas españolas enviadas por el Duque iban reduciendo cada vez a mayor escasez al ejército sitiador y como no llegaba el prometido auxilio de la armada turca, el Delfín tuvo que levantar el sitio de Perpiñán y retirarse a Montpellier, donde se hallaba su padre. De este modo, sin empeñar batalla formal ninguna, ganó el Duque de Alba la campaña contra el Delfín de Francia.



Al año siguiente (1543), al marchar el Emperador a Italia y Alemania, dejó a su hijo Felipe por gobernador general y al Duque de Alba por capitán general del reino y de todas sus costas y fronteras, advirtiéndole al primero *«que diese al Duque el primer lugar en su Consejo y se conformase con sus decisiones, porque era «el mejor hombre de Estado y general de su tiempo»*; pero advirtiéndole también *«que no se dejase imponer por su carácter altivo y dominante»*. El Duque visitó las fronteras, reforzando las obras y guarniciones de las plazas, reclutó nuevas tropas, castigó el abuso de hacer figurar en ellas soldados supuestos y se hizo entregar por los comisarios todos los fondos de guerra, empleándolos en satisfacer las pagas a las tropas y en proveerlas de armas y vestidos. Esta autoritaria concentración de atribuciones le suscitó muchas enemistades y censuras, incluso, en ocasiones, del mismo príncipe D. Felipe; pero todos, sin embargo, no podían menos de hacer justicia a su obra, reconociendo que con el mismo dinero sostenía más y mejores tropas que antes.

CAPITULÓ III

LA CAMPAÑA DEL DANUBIO.

En el año 1546, habiéndose negado los luteranos alemanes, representados por la Liga de Smalkalda, a acatar las decisiones del Concilio de Trento, el Emperador Carlos V, que durante largo tiempo había venido costurando con ellos, decidió imponerles a toda costa su autoridad. Como última tentativa pacífica, convocó en Ratisbona la Dieta del Imperio; pero su único resultado fué el de agravar más todavía las diferencias entre el soberano y sus desmandados súbditos, saliendo de ella uno y otros resueltos a apelar a las armas.

El Emperador nombró capitán general de su ejército al Duque de Alba, aunque bajo sus inmediatas órdenes y asumiendo él mismo, personalmente, la autoridad suprema. Esto no quebrantaba en modo alguno la unidad de mando, ya que todas las decisiones, aunque no fuesen de la personal iniciativa del soberano, habían de ser sometidas a su aprobación; pero hace difícil discernir la parte que a cada uno de los dos corresponde en la dirección de la campaña. Hay autores que atribuyen casi todo el mérito al Emperador, mencionando escasamente al Duque, y más que como capitán general, como simple jefe de parte de las fuerzas; para otros, en cambio, todo se hizo por orden o, cuando menos, por consejo del Duque, habiéndose limitado el soberano, casi siempre, a decir: «Amén». Así, por ejemplo, según Martín Arrúe, fué el Duque quien «concibió y realizó,

con la mayor precisión y acierto, las combinaciones estratégicas para obtener el triunfo», bien que «sostenido en todas sus decisiones por la autoridad inapelable del Emperador»; mientras que en Sandoval leemos, por el contrario: «Seis meses duró esta guerra, en la cual el Emperador hizo oficio de capitán general, y los progresos buenos y felices sucesos que en ella hubo se guiaron por su cabeza, y muchas veces contra el parecer y voto de sus capitanes.» Tratándose de dos papeles tan distintos y de dos actores tan poseídos cada cual del suyo, creemos que, en general, debe atribuírse al Emperador la dirección política de la campaña y al Duque la militar, sin perjuicio de que en ocasiones aceptase el soberano ideas políticas sugeridas por el Duque o, por el contrario, impusiese sus propias ideas en emergencias genuinamente militares.

Como quiera que sea, para entrambos hay amplio dividendo de gloria en la campaña del Danubio, iniciada, por cierto, bajo los peores auspicios. El Emperador esperaba contar con un ejército, aproximadamente, de 56.000 infantes, 10.000 caballos y 50 piezas de artillería; pero a excepción de unos 2.000 hombres y 10 piezas que tenía ya en Ratisbona, todas las demás fuerzas tenían que venir de sitios muy distantes y muchas de ellas se hallaban todavía en período de organización. He aquí cuáles eran esas fuerzas y sus procedencias respectivas: de Hungría, el tercio de este nombre (2.800 infantes), mandado por D. Alvaro de Sande; de diversos Estados alemanes, 20.000 infantes y 6.000 caballos, a las órdenes de Madrucho, Renspurg, Xamburgo y otros; de Flandes y países del Rin, 13.000 infantes y 3.000 caballos, acaudillados por el conde de Buren, y de Italia, los tercios españoles de Lombardía, Nápoles y Sicilia (a 3.000 infantes cada uno) y 12.000 infantes y 500 caballos, a las órdenes de Óctavio Farnesio.

Los protestantes disponían ya por entonces de más de 80.000 hombres, distribuídos en dos núcleos muy desiguales: la Norte del Danubio, en Nuremberg, 62.000 infantes, 9.000 caballos y 70 piezas, a las órdenes del Elector de Sajonia y del Landgrave de Hesse; al Sur del

E l d u q u e d e A l b a

Danubio, en Augsburgo, 13.000 infantes, 1.000 caballos y 30 piezas, al mando de Schertel.

Aun después de reunido todo el ejército imperial sería, como se ve, muy inferior en número al adversario; reducido, como entonces se hallaba, a poco más de 2.000 hombres, la permanencia del Emperador en Ratisbona parecía una verdadera temeridad; por ello, hubieron de aconsejarle que se retirase, a esperar los refuerzos, a sus Estados hereditarios de Austria. Pero el Emperador, con igual decisión que en Túnez y casi con las mismas palabras, se negó a ello diciendo «que, muerto o vivo, no saldría de Alemania».

Corre el Danubio, en la región en que se desarrolló esta campaña, en dirección aproximada de Oeste a Este. Se asienta Ratisbona en su orilla derecha, y a partir de allí, agua arriba, se hallan en las márgenes del mismo río o a su proximidad las plazas siguientes: Neustadt (orilla derecha), Ingolstadt (izquierda), Neuburgo (derecha), Rain (derecha), Donawerth (izquierda) y Ulma (izquierda).

Inició las operaciones el luterano Schertel, dirigiéndose desde Augsburgo hacia el Sur, para apoderarse de Insbruck y cerrar el paso a los refuerzos imperiales procedentes de Italia; pero durante su marcha, retrasada en tomar algunas plazas insignificantes, el coronel alemán Castellato, del partido imperial, había reunido en Insbruck 10.000 hombres; Schertel no se atrevió a atacarle, y poco después, por orden de los jefes de la Liga, marchó a reunirse con ellos en Donawerth.

Entre tanto, el pequeño ejército imperial se incrementaba con la incorporación de las coronelías alemanas de Madrucho y del Marqués de Marignano, con una parte de la caballería de refuerzo y con algunas piezas enviadas desde Viena por el Danubio. Cuéntase que por aquellos días, como el Duque de Alba se mostrase muy jovial y chancero, el Emperador hubo de preguntarle, con extrañeza, la causa de su regocijo en tan graves circunstancias; a lo cual respondió el Duque que al principio había tenido temores, pero que «echado el enemigo de

los pasos y habiendo perdido el tiempo, *vela las cosas casi en el estado que Su Majestad podía desear*».

Concentrados los luteranos en Donawerth, en número de 80.000 infantes, 11.000 caballos y más de 100 piezas, después de apoderarse de Rain, defendida solamente por 400 hombres, siguieron Danubio abajo, como si pretendiesen marchar sobre Ratisbona; pero, luego de detenerse algún tiempo delante de Neuburgo, cambiaron de dirección hacia el Sureste para ir sobre Landshut, situada como Insbruck, aunque más cerca, en el camino que habían de traer los refuerzos de Italia.

Noticioso de ello el Emperador, dejó en Ratisbona la artillería y alguna infantería, y con el resto de sus fuerzas marchó aceleradamente a Landshut; pero en vez de encerrarse en sus muros, el Duque, que, como sabemos, tenía horror a tales encierros, hizo acampar el ejército delante de la plaza. Esto le fué censurado, como una temeridad, por la mayoría de los otros jefes; pero el Emperador le dió una cumplida satisfacción, manifestando, después de recorrer el campo, «que sus atrincheramientos le parecían mejores y más fuertes que las murallas y que quedaba muy complacido de las disposiciones del capitán general de su ejército». Aprovechó la ocasión el Duque para exponer los motivos de ellas, en análogos términos que cuando el sitio de Perpiñán, y el Emperador, después de haberle escuchado, le dijo: «Continuad, Duque, en echar los cimientos de nuestra victoria. Determinado estoy a morir gloriosamente antes que salir de Alemania, prometiéndome de vuestros cuidados y virtud no dejarla hasta después de haber vencido a los rebeldes.»

Viendo tan apercebida a la defensa la plaza que creyeron encontrar desamparada, los de la Liga retrocedieron al Danubio.

El 10 de agosto se incorporaron al ejército imperial las tropas italianas de Octavio Farnesio y, con intervalos de pocos días, los tercios de Lombardía, de Nápoles y de Sicilia y la coronela alemana de Xamburg. Sólo faltaban ya las tropas del conde de Buren, que debían legar de Flandes, y para facilitar su incorporación, el

ejército imperial volvió a Ratisbona. Los rebeldes se apoderaron de Neuburgo y, luego de algunas idas y venidas inútiles, se dirigieron hacia Ingolstadt y acamparon en sus inmediaciones.

Como la pérdida de esta plaza hubiera dificultado grandemente la incorporación del conde de Buren, los imperiales acudieron rápidamente a defenderla, situándose, conforme a la costumbre del Duque, delante de ella. Antes de elegir posición, algunas fuerzas de caballería, destacadas en reconocimiento, trabaron recia escaramuza con los rebeldes. Según cuenta Rustant, el Emperador, viendo que los suyos retrocedían acosados por fuerzas superiores, mandó tocar a la carga y que avanzase todo el ejército; pero habiéndole dicho el Duque que esta resolución «arruinaba sus designios y daba una victoria a sus enemigos», el soberano desistió de su intento. Y añade Rustant que el Duque hizo dar vuelta al ejército, apoyando a los combatientes con sólo algunos escuadrones, que bastaron para contener al adversario.

Elegida la posición, se dieron tanta prisa los imperiales, que en el mismo día de ocupada quedó el ejército atrincherado en ella. Los luteranos, no atreviéndose a atacarle en los atrincheramientos, decidieron utilizar la enorme superioridad de su artillería (la más numerosa, al decir de Robertson, que hasta entonces se había presentado en campaña), para hacerle salir de ellos. El día 30 de agosto bombardearon el campo católico durante nueve horas, lanzando sobre él 900 balas de cañón. El efecto material fué bien escaso, pues sólo causaron la muerte a 18 soldados. Y en cuanto al efecto moral, fué menor todavía; porque los imperiales, animados por Carlos V, que, secundado por el Duque de Alba, recorría continuamente las filas, arengando a los de cada nación en su respectivo idioma, resistieron impasibles el furioso cañoneo enemigo.

Aquella noche, sin embargo, durante la comida de los jefes rebeldes, el Landgrave tuvo la jactancia de levantar su copa diciendo: «*Schertel, yo brindo a los que hoy ha muerto nuestra artillería.*» A lo cual replicó Schertel:



«Señor, yo no sé los que hoy hemos muerto; mas sé que los vivos no han perdido un pie de su plaza.»

Durante aquella misma noche, los imperiales repararon los atrincheramientos, dejándolos todavía más fuertes que antes. En los siguientes días hubo, por parte de los protestantes, nuevos cañoneos, más intensos aún que el del día 30, pero con el mismo negativo resultado. Por otra parte, los católicos no se limitaban a una defensa pasiva, sino que provocaban continuas escaramuzas, en una de las cuales, especialmente, causaron gran destrozo al enemigo. Y más insufribles todavía para éste eran las alarmas y ataques nocturnos de aquéllos. «Durante la noche—escribe Sandoval—pagaban los imperiales a sus enemigos los malos días que de ellos recibían.» Y como, además, el Duque de Alba había mandado hacer en dirección al campo adversario una trinchera que, cada vez más avanzada, permitía ya batir los emplazamientos de la artillería protestante, los de la Liga, completamente desalentados, levantaron el campo y se retiraron a Donawerth.

Poco tiempo después, el Conde de Buren, que había logrado, mediante una estratagema habilísima, burlar a las fuerzas enemigas que defendían el paso del Rin y derrotarlas luego, se incorporó a los católicos en Ingolstadt, con efectivos todavía mayores de lo calculado, puesto que pasaban de 20.000 hombres. Con ello quedaba coronada felizmente la difícilísima y azarosa concentración del ejército imperial.

Su inferioridad numérica subsistía, sin embargo, y era todavía muy grande, pues aunque sus efectivos se elevaban ya a unos 52.000 infantes, 10.000 caballos y 50 piezas, el ejército de la Liga, también reforzado por entonces, no contaba menos de 90.000 infantes, 11.000 jinetes y 130 cañones. Pero los imperiales, que de la desesperada situación inicial habían llegado a la próspera y ventajosa que ya tenían, se hallaban cada vez más animosos y seguros de la victoria, mientras que los protestantes, una vez y otra fracasados cuando todo les era favorable, habían caído en el mayor desaliento y se hallaban, además, divididos por las discordias de

sus jefes, que mutuamente se culpaban de los reveses padecidos.

El Emperador tomó entonces la ofensiva, marchando sobre Neuburgo, que se le entregó sin resistencia. Luego se dirigió hacia Donawerth; pero habiendo reconocido las posiciones enemigas y encontrándolas demasiado fuertes para atacadas por un ejército tan inferior en número, desistió de ello por el pronto y, cambiando de dirección hacia el Noroeste, se encaminó a Nordlingen, desde donde podría interceptar las líneas de retirada y de abastecimiento de los luteranos. A esta amenaza, los de la Liga se apresuran a marchar a Nordlingen y se establecen fuertemente en sus inmediaciones. Al llegar el Emperador, que había tenido que dar un largo rodeo, intenta atraer al adversario a una batalla decisiva y, por otra parte, envía contra Donawerth, abandonada por el ejército rebelde, a Octavio Farnesio, que se apodera de ella. No consiguiendo que los protestantes acepten la batalla a que les provoca, el Emperador se dirige a Donawerth y establece allí su base de operaciones. Viendo que la nueva situación de los imperiales amenaza la importante plaza de Ulma, los luteranos retroceden desde Nordlingen y se dirigen hacia el Sur para cubrir dicha plaza. El Emperador, noticioso de que el enemigo se acerca, marcha a su encuentro y establece su campo frente a él, cerca de Guinguen. En los días siguientes, los imperiales se dedican a tantear, por medio de frecuentes escaramuzas, las posiciones rebeldes; pero hallándolas muy fuertes, no se decidían a atacarlas a fondo. Esta justificada prudencia fué agriamente censurada por algunos capitanes, y en particular por el Conde de Buren, que llegó a decir, según refiere Sandoval: *«Yo no soy luterano, pero doyme al diablo y no creo en el Emperador ni Duque, ni los veré. Y quiérome emborrachar por quince días.»*

En vista de las enfermedades que las malas condiciones del terreno ocupado, agravadas por las continuas lluvias, ocasionaban al ejército católico, el Emperador hizo trasladar el campo a Lauinguen; pero no tardó en advertirse que las molestias y enfermedades de las

tropas, lejos de disminuir, iban en aumento. Muchos de los capitanes le aconsejaron que distribuyese el ejército entre diversas guarniciones hasta que pasara el rigor del invierno; pero el César tenía buenas razones para pensar de otro modo. Sabía que su hermano Fernando, rey de Bohemia, y Mauricio de Sajonia, habían invadido los Estados del Elector y derrotado a las tropas que los defendían, y que, con tal motivo, las disensiones de los jefes de la Liga habían llegado al extremo de que amenazaban disolver el ejército rebelde, según frase del Duque de Alba, «como la sal en el agua». Así, decidió continuar la guerra sin tregua alguna, y, lejos de acceder a lo que le aconsejaban, volvió a establecerse cerca de Guinguen, si bien en otro campo de mejores condiciones que el antiguo.

Esta constancia no tardó en dar su fruto. Los rebeldes propusieron la paz; pero no aviniéndose a rendirse a discreción, como el Emperador exigía, quedaron rotas las negociaciones. Ante los preparativos de ataque del ejército imperial, el Elector y el Landgrave emprendieron la retirada. Los imperiales se lanzaron inmediatamente en su persecución. El Duque de Alba, que iba en vanguardia con fuerzas de caballería, consiguió dar alcance y atacar a la retaguardia enemiga, pero no pudo detener la retirada del grueso. Al llegar a Heidenhein el ejército luterano, separáronse de él las tropas de Augsburgo y las del Duque de Wurtemberg; el Elector y el Landgrave se dirigieron a Rothemburgo para, al amparo de esta fuerte plaza, reorganizarse en la Franconia y reanudar las operaciones. Pero los imperiales adivinaron sus proyectos, y en velocísima marcha, pasando por varias poblaciones que se les rindieron sin lucha, cayeron sobre Rotheimburgo y se apoderaron de ella, cerrando a los rebeldes el camino de la Franconia. Este golpe fué definitivo. El Elector de Sajonia y el Landgrave de Hesse se retiraron a sus respectivos Estados; el Conde Palatino se acogió a la clemencia del Emperador; las ciudades y villas rebeldes se apresuraron a someterse.

Del formidable ejército de la Liga no quedaba otro

E l d u q u e d e A l b a

núcleo de resistencia que las tropas del Duque de Wurtemberg, refugiadas en este ducado. El Emperador envió por delante al Duque de Alba, que, al frente de una parte del ejército, entró a sangre y fuego en el Wurtemberg y, en una breve pero asoladora campaña, aterrorizó al país y obligó al Duque soberano a rendirse. El Emperador quiso recompensar al de Alba dándole el mismo ducado de Wurtemberg; pero el victorioso caudillo se negó a aceptarlo, diciendo que la liberalidad del Monarca le proporcionaba a él la satisfacción de rehusar la dádiva, y al Emperador, la de contar entre sus vasallos con uno que le servía por él mismo, y no por el afán de riquezas.

Sin una sola batalla importante, la campaña del Danubio, iniciada por Carlos V con 2.000 hombres contra 80.000, había terminado victoriosamente para los imperiales. Algo puso en ello la fortuna; bastante más la desunión de los jefes de la Liga, y no poco la inferioridad de sus tropas; pero todas esas ventajas no hubiesen bastado a obrar tal prodigio sin la superioridad de talento político, de talento estratégico, de resolución y de perseverancia, que estuvo constantemente y con extraordinaria diferencia a favor de Carlos V y del Duque de Alba. Atribúyase a cada uno de los dos la parte que se quiera; con la menor de ellas puede tejerse una corona de laurel.

CAPITULO IV

LA CAMPAÑA DEL ELBA.

Al volver el Elector de Sajonia a sus Estados, los halló, como ya sabemos, en poder de Mauricio de Sajonia y del Rey de Bohemia. Habiendo tenido éstos la inadvertencia de diseminar sus tropas, el Elector, ansioso de desquite, tomó resueltamente la ofensiva, y en poco tiempo recobró casi todo lo suyo y aun se apoderó de varias plazas de Mauricio.

El Emperador, que se hallaba en Ulma, gravemente preocupado por entonces con las maquinaciones hostiles de otros soberanos, mientras atendía a conjurar este peligro y a concentrar sus tropas, envió, en ayuda de su hermano y de Mauricio, a Alberto de Brandeburgo, al frente de 6.400 infantes y 1.500 caballos. Pero antes de que éste se uniera con aquéllos, el Elector, cuyas fuerzas, engrosadas al calor de los recientes éxitos, ascendían ya a más de 14.000 infantes y 4.000 caballos, marchó contra Alberto, le sorprendió, destrozó sus tropas y le hizo prisionero.

Entre tanto, el Emperador, habiendo reunido ya cerca de 20.000 hombres, y mejorada un tanto la situación política, se puso en marcha para Sajonia. En el camino recibió la noticia de la derrota y prisión de Alberto, y, aunque muy aquejado de la gota, continuó en dirección a Egra, avisando al Rey de Bohemia y a Mauricio para que se le incorporasen en esta plaza. Al llegar a Nuremberg, la exacerbación de su dolencia

le obligó a detenerse allí algún tiempo. Varios de sus capitanes le aconsejaron que se quedase atendiendo a su salud y confiase el ejército al Duque de Alba. Carlos repuso que harto seguro estaba de que *quien dió fin a la guerra sobre el Danubio, la terminaría sobre el Elba con el mismo suceso*; pero que debiendo unirse al ejército el Rey de Bohemia, su hermano, no sería decoroso que otro que éste ejerciese el mando; lo cual, de no hallarse en concordancia con el Duque de Alba, «sería muy expuesto a infelicidades».

El Elector de Sajonia había mandado a Bohemia un destacamento, a las órdenes de Tzumern, para que atizase los sentimientos luteranos, predominantes en el país; así que al entrar en él Fernando y Mauricio, que tenían que atravesarlo para incorporarse al Emperador, lo hallaron en abierta insurrección: la mayoría de sus tropas desertaron, y a duras penas pudieron ellos mismos llegar a Egra, con sólo 400 infantes y poco más de 3.000 caballos, a principios de abril de 1547.

A la aproximación del ejército imperial, el Elector, en vez de concentrar sus fuerzas para atacarlo ventajosamente cuando fuese a desembocar de las montañas, distribuyó la mayoría de aquéllas entre la frontera y las plazas del interior, y con el resto—poco más de 8.000 hombres—se retiró a Meissen, situada en la orilla izquierda del Elba. Esto facilitaba el plan de los imperiales, consistente en interponerse entre el Elector y Tzumern, marchar con sus fuerzas reunidas contra el primero y batirle, después de lo cual sería fácil dar cuenta del segundo.

Para desembocar en las llanuras de Sajonia, los imperiales tenían que atravesar los peligrosos desfiladeros de la vertiente septentrional de los Montes Metálicos, o *Erz Gebirge*. De forzarlos se encargó el Duque de Alba, que, arrollando todas las resistencias enemigas, tratando con implacable rigor a los que se hacían armas y con política benignidad a los que se sometían, no sólo abrió triunfal camino al ejército, sino que amedrentó a los adversarios hasta el punto de hacerles desalojar sin lucha gran parte del territorio que ocupaban.

El Elector, no considerándose seguro en Meissen, pasó al otro lado del Elba, destruyó el puente de que se había servido y, descendiendo el curso del río por la orilla derecha, fué a establecerse en Mulhberg.

El Emperador y el Duque de Alba se adelantaron a reconocer personalmente las posiciones enemigas; y aunque éstas se hallaban fortificadas y el río, en sí mismo, constituía, por su anchura y profundidad, un obstáculo considerable, al regresar el Emperador al campamento, reunió consejo de guerra y expuso su decisión de acometer el paso a viva fuerza. Casi todos los presentes se opusieron a este propósito, por creerlo temerario. El Duque tomó la palabra, y dijo que así como en la guerra del Danubio había usado dilaciones contrarias al parecer de muchos de ellos y la guerra se había ganado, ahora creía que, para alcanzar la victoria, era preciso arriesgarlo todo sin tardanza. Y razonó su opinión con estas o parecidas palabras: «Entonces éramos mucho más débiles que el enemigo, y una batalla perdida nos hubiese arruinado; sólo nos importaba dividir y debilitar a los rebeldes. Ahora somos los más fuertes; pero si nos detenemos, dejaremos de serlo pronto. Los duques de Mecklemburgo, el Rey de Dinamarca y otros príncipes están armándose en defensa del Elector; no hay sino un medio de hacerles quedar en casa, y ese medio es ganar la victoria.»

Estas razones, lejos de persuadir al Rey de Bohemia, le hicieron montar en cólera: *Vuestra temeridad*—dijo al Duque—*va hoy a entregar en manos de nuestros enemigos a mi hermano, a mí y a todos estos grandes hombres con nuestros soldados.* El de Alba, serenamente, le contestó: *Espero de la Divina Providencia que la Sajonia verá, antes de acabarse el día, al Emperador coronado de laureles; los rebeldes, deshechos y sometidos a la dominación de su Soberano.* El Emperador cortó la disputa, apoyando al Duque, y la empresa quedó decidida.

El ejército imperial levantó el campo y fué a situarse frente a las posiciones enemigas, ocultándose en una arboleda inmediata al río. Mientras se preparaba el tendido de un puente de barcas, los arcabuceros españoles

y la artillería rompieron el fuego, para ahuyentar de la orilla opuesta al enemigo, no tardando en conseguir sobre él franca superioridad. Pero al tender el puente se vió que, a causa de la gran anchura del río, las barcas disponibles no eran bastantes. Entonces, diez arcabuceros españoles se arrojaron al Elba con la espada entre los dientes; llegaron a nado hasta las barcas enemigas, y, dando muerte a los tripulantes de varias de ellas, las trajeron para completar el puente. Mientras se disponían a pasar por él la infantería y la artillería, empezó la caballería a cruzar el río por un vado descubierto en las inmediaciones, agua arriba del puente. En vanguardia y a las órdenes del Duque de Alba, iban: los jinetes húngaros y los ligeros, llevando cada uno a las ancas un arcabucero; cien arcabuceros españoles a caballo; los jinetes y arcabuceros a caballo que mandaba Mauricio de Sajonia; y, por fin, la caballería pesada de Nápoles. Después, a cierta distancia, marchaba el grueso de la caballería en dos escuadrones, mandado uno de ellos por el Emperador en persona, y el otro por el Rey de Bohemia.

Entre tanto, el Elector había desalojado Mulhberg y emprendido la retirada hacia Witenberg, llevando en cabeza casi toda la infantería; en el centro, la artillería, y en retaguardia, los arcabuceros y la caballería. El Duque de Alba hizo saltar a tierra a los arcabuceros que iban a la grupa de los jinetes; emprendió con éstos la persecución; alcanzó a la retaguardia enemiga y la atacó tan furiosamente, que el Elector se vió obligado a detener la marcha de su ejército para formarlo en orden de batalla, situando la infantería en una línea, la caballería en las alas, y la artillería delante del frente. Ascendía el total a unos 6.000 infantes, 2.700 jinetes y 20 piezas.

Los imperiales, por su parte, no habiéndoseles incorporado aún su infantería ni su artillería, sólo contaban con fuerzas montadas, en número de 3.600 jinetes; y aun de éstos, el núcleo mayor, constituido por los escuadrones del Emperador y del Rey de Bohemia, había tenido que quedar retrasado, a causa de unos pantanos. Pero los imperiales estaban resueltos a combatir a todo

trance, en tanto que el Elector sólo pensaba en contener a los perseguidores con parte de sus fuerzas, hasta que su infantería lograra ganar el refugio de un bosque cercano. Mientras el Duque de Alba, secundado por Mauricio de Sajonia, impedía este propósito, cargando una y otra vez sobre los protestantes, el Emperador y el Rey de Bohemia, después de rodear los pantanos, desplegaron a la derecha de las fuerzas amigas y cayeron sobre las adversarias, envolviendo su ala izquierda. Las tropas de la izquierda imperial, a su vez, las atacaron por el flanco derecho. Al verse así acometidos y en riesgo de ser copados, los rebeldes emprendieron la fuga, sañudamente perseguidos por el Duque de Alba. Excepto unos 400, que lograron refugiarse en Witenberg, todos los demás quedaron sobre el campo o fueron hechos prisioneros, contándose entre estos últimos el mismo Elector.

Acabada la persecución, el Duque de Alba volvió a rienda suelta en busca del Emperador, por cuya persona estaba intranquilo. Traía herido el caballo y cubiertas las armas por la sangre de los enemigos. «El Emperador—dice Sandoval—le recibió alegremente, y con mucha razón.» Y el Rey de Bohemia, recordando, sin duda, la disputa del consejo de guerra, le hizo el más cumplido desagravio diciéndole: *Habéis afirmado la Corona Imperial sobre la cabeza de mi hermano y la Real sobre la mía; o, por mejor decir, le habéis hecho Emperador y a mí, Rey.*

Se libró esta memorable batalla de Mulhberg el día 24 de abril de 1547. Díjose acerca de ella que, como en el caso de Josué, Dios había obrado el prodigio de detener el Sol para prolongar la persecución y el castigo de los herejes. Y cuéntase que años después, preguntado el Duque de Alba por el Rey de Francia sobre la certeza de tal milagro, salió del paso diciendo: *Me preocupaba tanto lo que pasaba en la Tierra, que no me fijé en lo que sucedía en el Cielo.*

El resultado de la victoria de Mulhberg fué decisivo: el Elector obtuvo el perdón de la vida, a cambio de abdicar sus Estados; los demás rebeldes se acogieron a

E l d u q u e d e A l b a

la merced del Emperador, y con ello terminó por entonces la guerra.

El contraste de la campaña del Elba con la del Danubio no puede ser más patente ni más característico, en cuanto se refiere a los imperiales, de las diversas y aun contrarias aptitudes que requiere el buen mando de los Ejércitos. En la del Danubio son predominantes y decisivas las combinaciones estratégicas; la del Elba culmina y se decide en el hecho táctico de una sola batalla. En aquella todo es lentitud y circunspección calculadas; en ésta, todo rapidez y ardimiento, igualmente calculados. En una y otra, diversos procedimientos, pero acomodados a la diversidad de las circunstancias. Y por eso, una y otra victoriosas.

CAPITULO

LA INSURRECCIÓN DE MAURICIO DE SAJONIA.—EL SITIO DE METZ.—LA CAMPAÑA DEL PIAMONTE.—LAS CAMPAÑAS DE NÁPOLES CONTRA EL PAPA Y EL DUQUE DE GUISA.

Creviendo pacificado el Imperio con la victoriosa campaña del Elba, Carlos V mandó al duque de Alba a España para que acompañase al príncipe heredero, don Felipe, a visitar sus futuros Estados de Italia y Flandes.

Mas he aquí que, de la noche a la mañana, el inquieto Mauricio de Sajonia, nombrado Elector por el César en premio de su ayuda contra los protestantes, se convierte en jefe de éstos y marcha con sus tropas sobre Insbruck, para sorprender al Emperador, que allí se encontraba, y apoderarse de su persona. Advertido del golpe que le amenaza cuando no tiene a mano fuerzas para afrontarlo ni tiempo para reunir las, enfermo y solo, el Soberano más poderoso del mundo tiene que huir como un forajido, en medio de la noche y con un temporal deshecho, hasta encontrar refugio en sus Estados hereditarios de Austria.

El príncipe D. Felipe, ya de regreso en España con el Duque de Alba, envió a éste con tropas españolas en socorro del Emperador. Bien hubiese querido el César hacer un escarmiento, y a fe que el Duque no le iba en zaga en indignación y afán de venganza contra Mauricio. Pero la mayoría de los señores alemanes se había pasado también al bando de los rebeldes; el mismo Rey

de Bohemia se mostraba propicio a transigir con ellos, y, para colmo de males, el nuevo monarca francés, Enrique II, había entrado en son de guerra por la Lorena imperial y apoderándose de Metz y otras de sus plazas principales. No se necesitaba menos que todo esto para que el Duque, de acuerdo esta vez con los más de los consejeros, exhortase al Emperador a la transigencia y para que éste se resignase a ella, concertando con los rebeldes, el 31 de julio de 1552, el Tratado de Passau, en el que se otorgaba la libertad de religión en el Imperio hasta que la Dieta resolviese este asunto, o si no llegaba a resolverlo, definitivamente.

Pero si el César se avino a tal humillación, no era sino para tener las manos libres contra el Rey de Francia cuyas usurpaciones le habían herido en lo más vivo. Disimulando con diversos pretextos el verdadero objeto de sus preparativos, reúne un ejército de 80.000 hombres y, al frente de ellos, se dirige a la Lorena y pone sitio a Metz. Pero Enrique II había tomado ya sus medidas, reparando y abasteciendo la plaza, reforzando la guarnición y dándole por jefe a un caudillo de tan alto y merecido renombre como lo era el Duque de Guisa; además comenzaba ya el invierno, con muestras de ser muy riguroso. El duque de Alba, percatado bien pronto de la situación, aconsejó el abandono de la empresa, advirtiendo que el valor y la constancia no bastarían a triunfar de las inclemencias del tiempo, y que la superioridad numérica de las tropas sólo serviría para acrecentar la gloria del enemigo. Pero Carlos V, ya tan rabioso y despechado por la humillación sufrida en Passau, se obstinó en desquitarse a toda costa, apoderándose de Metz. El Duque, aunque de parecer tan opuesto, hizo todo lo humanamente posible para dar la victoria al César, logrando llevar las trincheras hasta 150 pasos de las murallas y hacer brecha en ellas. Pero a la mañana siguiente la brecha estaba ya cerrada, y la nieve, cayendo copiosamente, cegaba las trincheras e impedía renovarlas. El 26 de diciembre, a los dos meses de empezar el sitio, el Emperador se decidió por fin a levantarle, y emprendió la retirada, pronunciando aque-

lla frase amarga que ha conservado la Historia: *Está visto que la fortuna es dama cortesana que gusta de los jóvenes y se cansa de los viejos*. Se le hubiera podido recordar, sin embargo, que, hacía sólo cinco años, la fortuna le había sonreído en el Elba, mientras que hacía casi veinte le había vuelto la espalda en Marsella, lo mismo que ahora en Metz. No coincidían, pues, los halagos de la fortuna con la juventud, ni sus desdenes con la vejez. Lo que ciertamente había coincidido en cada caso con el triunfo o con la derrota, había sido el consejo y pronóstico favorables o adversos del Duque de Alba. Y ello no podía atribuirse a mera casualidad, ni siquiera a felices corazonadas del Duque, ya que ésta no se limitaba a aconsejar y vaticinar, sino que tenía el costumbre, casi la manía, de razonar sus consejos y pronósticos.

Dos años más tarde, al marchar don Felipe a Inglaterra para contraer matrimonio con la reina María, llevó consigo al de Alba, como mayordomo mayor. Guerraaban por entonces en el Piamonte franceses y españoles, y como éstos llevasen la peor parte, Felipe decidió, en 1555, mandar al Duque a Italia para que pusiese remedio, nombrándole Gobernador de Lombardía y Virrey de Nápoles. Pero si le proveyó bien de títulos, no mostró igual munificencia en proveerle de recursos. Con no más de 5.000 hombres, pocos dineros y, eso sí, bastantes promesas, llegó el Duque a Milán, encontrando a los soldados españoles que allí peleaban, desmoralizados por anteriores reveses y, acaso más todavía, por el deplorable atraso de sus pagas. A pesar de ello y de que no llegaban, por mucho que apremiaba pidiéndolos, ni el dinero ni los tercios prometidos, marchó contra los franceses, que tenían sitiada la plaza de Volpiano, y les obligó a retirarse. Después se dirigió a Sancia y la sitió a su vez; pero ante la llegada a Italia de un numeroso ejército francés de refuerzo, con el que venía el duque de Aumale para tomar el mando en jefe, el de Alba tuvo que levantar el sitio y acudir a fortificar la plaza de Ponte-Stura, cuya defensa encomendó a Sande.

Así las cosas, el descontento de las tropas estalló en

motín, y el Duque, para satisfacer las pagas que se les debían, empeñó las alhajas de su esposa, que le había acompañado a Milán, consiguiendo así restablecer el orden. Sitiada nuevamente Volpiano por los franceses, el Duque mandó en su auxilio a D. Lope de Acuña. Este logró introducirse en la plaza y la defendió con heroísmo hasta que, habiendo caído gravemente enfermo, su sucesor en el mando, D. Manuel de Luna, capituló con todos los honores de la guerra, saliendo los defensores por la brecha para reunirse libremente al Duque. Muy avanzada ya la mala estación, ambos ejércitos se acogieron a cuarteles de invierno. Y antes de reanudarse las operaciones sobrevino la tregua de Calais, que puso término a las hostilidades. Aunque el mal comienzo de esta campaña del Piamonte no había sido bajo el mando del Duque, y aunque había terminado sin decisión adversa, el poco éxito de la misma, en comparación con todas las anteriores por él acaudilladas, sirvió de pretexto a la envidia para oscurecer su reputación. Pero aun entonces, si no alcanzó la gloria del triunfo, supo mostrar la grandeza de su alma disculpando noblemente a sus antecesores y recabando para sí mismo toda la responsabilidad del mal éxito.

Al año siguiente, 1556, el Pontífice Paulo IV se alió con Enrique II para arrebatarse a los españoles el reino de Nápoles, que Felipe II, por abdicación de su padre, Carlos V, acababa de heredar, juntamente con la corona de España. Aunque no fuese ya la vez primera que los católicos monarcas españoles se hallaban frente al jefe de la Iglesia (no se olvide que en 1527 el ejército imperial de Carlos V había entrado por asalto en Roma y aprisionado al Pontífice Clemente VII), Felipe II, mostrando llevar al extremo sus escrúpulos religiosos, consultó a sus teólogos si le sería lícito combatir contra el Papa; mas obtenida de ellos respuesta afirmativa, ordenó al duque de Alba preparar la guerra y hacerla «con la máxima energía». No era el catolicismo del Duque menos ferviente y escrupuloso que el de su Rey; pero una vez que éste tomaba sobre sí la responsabilidad, no sólo se aprestó a obedecerle, sino que escribió

al Pontífice una carta, en que le decía «que más bien se acreditaba de lobo, que de pastor de la grey confiada a su cargo, y que si no transigía, él sería el responsable de los males que originase la guerra».

No habiendo obtenido respuesta satisfactoria y descargado con ello de todo escrúpulo, aceleró los preparativos y no tardó en reunir un ejército de 12.000 infantes, 800 caballos y 12 piezas de artillería. Las fuerzas destinadas por los aliados a esta campaña eran muy superiores, puesto que ascendían a más de 20.000 hombres; pero como las dos terceras partes de ellas correspondían a un ejército francés que, al mando del duque de Guisa, había de venir de Francia, el de Alba decidió aprovecharse de su transitoria superioridad numérica para imponer la paz al Pontífice antes de que llegaran los franceses. Concentró, pues, su ejército y, como lo había hecho el Gran Capitán en la campaña del Garellano, se estableció en San Germán, a orillas de este río. Pero mientras que Gonzalo de Córdoba, inferior en fuerzas al enemigo, inició la campaña defensivamente para irle desgastando, el Duque de Alba, para aprovechar la pasajera superioridad de las suyas, iba a emprender una campaña ofensiva a la mayor velocidad posible. Así, San Germán, en vez de ser para él, como había sido para Gonzalo, su foco principal de defensa, fué base de operaciones. Partiendo de ella en dirección a Roma, los españoles se apoderaron en poco tiempo de Veruli, Banco, Terracina, Piperno Ferentino, y Agnani. Con esto habían recorrido ya victoriosamente más de la mitad de la distancia entre San Germán y Roma; pero como era de prever mayor resistencia cuanto más se acercasen a la Ciudad Eterna, y como la línea de operaciones era ya peligrosamente larga, el Duque acumuló en Agnani toda clase de abastecimientos e hizo de ella su nueva base de operaciones.

Por entonces, el cardenal de Santiago, tío del Duque, intentó conseguir un acuerdo entre éste y el Papa; pero sus buenos propósitos fracasaron, y el de Alba reanudó su avance. Siempre victorioso, el ejército español se adueñó sucesivamente de Palestrina, de Trívoli, de Vicó-

baro, de Frascati, de Albano y, por fin, del puerto de Ostia, interceptando así el abastecimiento de Roma por el Tíber. La capital pontificia quedó encerrada en un círculo de hierro. El Papa tuvo que entrar en negociaciones, y el Duque, ya porque repugnase a sus creencias el atacar a Roma, ya porque le apremiasen los necesarios preparativos para afrontar la próxima llegada del ejército de Guisa, se avino a pactar con Paulo IV una tregua de cuarenta días.

Volvió, pues, a Nápoles y se consagró febrilmente a reunir tropas y arbitrar recursos. Aunque recibió algunos refuerzos, su situación era tan poco halagüeña como se deduce de una carta que dirigió al Rey en 6 de enero de 1657, en la cual decía: «... las galeras han arribado con los tudescos y españoles; pero los unos y los otros vienen de manera que se puede esperar poco servicio cellos. Vienen dos mil y trescientos tudescos, y más de la mitad enfermos y setecientos españoles y las dos terceras partes para morir. Dígole a Vuestra Majestad que no son ducientos de servicio. Yo me hallo no como convenía al servicio de Vra. Mag.^o, porque me hallo sin gente, sin dinero, con muchas malas voluntades y muy amigas de novedades.» Fué en esta ocasión, quizá, cuando mejor demostró que el adusto y férreo soldado, tan temido de sus inferiores como de sus enemigos, sabía ser también el político hábil, el hombre cordial y persuasivo capaz de ganarse las voluntades y los corazones. Tan fervoroso españolismo logró infundir en los napolitanos, que no sólo obtuvo de ellos cuantiosos donativos para el ejército, sino que pudo organizar en breve tiempo una milicia de 30.000 hombres. Con todo esto y con la incorporación de 1.000 infantes españoles del tercio de Sicilia y de 6.000 infantes y 1.000 jinetes reclutados en Alemania, se dispuso a ir contra los franceses, dejando guarnecidas con escasas tropas las plazas conquistadas al Papa.

Entre tanto, el duque de Guisa, al frente de 12.000 infantes, 1.200 gendarmes y 1.200 caballos ligeros, con la correspondiente artillería, entraba en Italia por el Piamonte, donde se le incorporaron las tropas france-

sas que allí había, y por el Milanesado, Parma, Ferrara y los Estados Pontificios se dirigió a la Marca de Ancona.

Había expirado ya por entonces la tregua entre el de Alba y el Papa, y las tropas de éste, aprovechando la escasez y diseminación de las guarniciones españolas de la Romanía, después de recobrar Ostia, Trívoli, Vicóbaro y otras plazas, marcharon sobre Agnani; pero el Duque mandó en auxilio de ésta un contingente de caballería a las órdenes de Marco Antonio Colonna, que, juntamente con las escasas tropas del Duque de Pópoli, obligó a los pontificios a desistir de este último empeño y a retirarse a Roma.

Para oponerse al ejército de Guisa, que era el enemigo más temible y que avanzaba por la vertiente oriental de los Apeninos para invadir los Estados españoles por los Abruzos, el Duque de Alba decidió hacer de las plazas fronterizas una línea avanzada de resistencia, y situarse él, con el grueso del ejército, en un punto céntrico y a retaguardia, para acudir prestamente donde fuera necesario.

El 27 de abril de 1557 pasaron las tropas de Guisa la línea fronteriza del río Tronto y se dirigieron a poner sitio a Civitella. La guarnición de esta plaza, auxiliada con entusiasmo por los habitantes, hizo una defensa admirable. Los cañones franceses abrían fácilmente brecha en las débiles murallas; pero al subir por ella las columnas de asalto, hallaban cerrado el paso por atrinchamientos levantados de improviso. Esto se repitió varias veces, agravado últimamente por unas pertinaces lluvias, que, haciendo impracticable la brecha, por lo resbaladiza, obligaron a suspender los asaltos hasta que mejorase el tiempo. Tantas y tan continuas adversidades llegaron a exasperar al de Guisa, hasta el punto de hacerle decir: *¡Parece que Dios se ha hecho español!*

Reanudados por fin los asaltos, sólo dieron ocasión a nuevos reveses y a suscitar graves discordias entre los aliados. El Duque de Guisa increpó airadamente al Conde de Montebello, que mandaba a los italianos, el cual, resentido, abandonó el campo; sus tropas desertaron, y muchas de ellas se pasaron a las filas españolas.

El Duque de Alba, que con su ejército ya reunido, en número próximamente igual al de Guisa (unos 20.000 hombres de cada parte), avanzaba hacia la frontera, destacó en auxilio de Civitella a D. Lope de Acuña. Llegó D. Lope en ocasión en que los franceses daban un nuevo asalto; rechazado éste y amenazados los sitiadores por las tropas de Acuña, el Duque de Guisa levanta el sitio y emprende la retirada, repasando el Tronto a la vista del ejército de Alba. Los jefes y soldados españoles querían a toda costa perseguirle; pero el Duque se opuso a ello terminantemente y, según acostumbraba, razonó su determinación en aquel famoso discurso tan citado por los historiadores:

«Siempre he pedido a Dios que inspire a mis soldados un valor decidido, un ánimo esforzado, para que, sin arredrarse ni ponerse a discurrir, vayan impávidos a arrostrar la muerte y a exponerse a los mayores riesgos cuando se lo manden. Pero he pedido otra cosa para los oficiales: mucha prudencia y gran calma para moderar la impetuosidad de los soldados. Este es el medio de llegar a ser grandes capitanes. No os ocultaré que vuestro ardimiento me ha irritado, porque me ha parecido inmoderado y contrario a la razón. Para instruiros de las ocasiones en que un general ha de dar batalla, os diré que sólo debe hacerse cuando se trata de socorrer una plaza fuerte reducida a la última extremidad y que es el sostén de una provincia; cuando se sabe que el enemigo ha de recibir refuerzos que le hagan superior o, al menos, igual; cuando al principio de una guerra se quiere adquirir reputación, asegurar la fidelidad vacilante de los súbditos, conservar aliados e impedir que enemigos ocultos se declaren; cuando, favoreciéndonos la fortuna, se hallan tan consternados los enemigos, que no se atreven a sostenerse ante nosotros; en fin, cuando, estrechados por el hambre o las fatigas, y cercados por todas partes, tengamos que morir o vencer.

»Un gran Capitán nunca aventurará una acción considerable, si no está seguro de obtener grandes ventajas o no se ve precisado a ello. Decidme: ¿cuáles son los peligros que nos amenazan o el fruto que la Patria saca-



ría de la pérdida de nuestra vida o nuestra sangre? Supongámonos victoriosos del de Guisa, ¿qué habremos conseguido con destrozarnos a los franceses? ¿Quedarán reunidas a las posesiones de Felipe las ciudades del dominio de la Iglesia? ¿Nos enriquecerán, por ventura, los bagajes de los franceses? Si, por el contrario, la suerte incierta de las armas nos fuese contraria, ¿cuántas desgracias no nos atraería nuestra temeridad? No nos inquiete, pues, la idea de vencer a Guisa: ya huye ante nosotros. ¿Nos hubiera procurado una batalla más gloria o más ventajas? Conseguimos una victoria completa sin derramar sangre. Nuestro solo nombre sirvió de defensa a Nápoles y a la Italia toda.

»Si este modo de hacer la guerra no me pareciese adecuado a las circunstancias, me acordaría de lo que hice en Sajonia: pasaría los ríos más caudalosos, no repararía en entrar a pie en el mar; pero ya que encuentro la victoria en la retirada del enemigo, seré fiel a mis máximas, y sólo me determinaré a combatir vuestra audacia y vuestra temeridad: *en una palabra, no quiero jugar un reino contra una casaca recamada de oro, que es todo lo que Guisa puede perder.*»

Conforme a este propósito, el Duque se limitó a seguir la retirada de los franceses, sin atacarles; pero cuando les vió ya bastante lejos de los Abruzos y que por este lado no había nada que temer, repasó bruscamente la frontera, salvó los Apeninos por Sora y se presentó de improviso a la vista de Roma.

Entonces el Embajador de Venecia ante el Papa aconsejó a éste que pidiera la paz; mas el Pontífice dijo que había de ser el Duque quien la solicitase, y que antes era preciso que saliese con sus tropas del territorio de la Iglesia. Tan desmedidas pretensiones hicieron exclamar al Duque: *Eso fuera bueno si el ejército del Rey de España no amenazase a Roma y fuera, por el contrario, el del Pontífice el que se hallara vencedor delante de Nápoles.*

Cerrado así el camino a toda avenencia, en la noche del 20 de septiembre, el Duque acercó su ejército sigilosamente a las murallas de Roma. Dispuesto ya a ordenar el asalto, reunió a sus capitanes y les recomendó

que no consintiesen a los soldados exceso alguno. Su maestre de campo general, Ascanio de la Corgna, le dijo, para tranquilizarle, que sólo se daría a la ciudad un *saquillo ligero*. El Duque mandó comprobar si las escalas eran suficientemente largas para trepar a la muralla, y cuando le contestaron afirmativamente, los que estaban cerca le oyeron decir: *Bien encamina el diablo lo que es en deservicio de Dios.*

Mientras los soldados aguardan impacientes la orden de asalto, el caudillo mantiene angustiada lucha consigo mismo. Su experiencia militar le dice que la ocasión es única para una victoria decisiva; pero sus escrúpulos religiosos le detienen ante las sagradas murallas. Y dirigiéndose en voz baja a su hijo, que se halla cerca, le dice: *Los soldados van a saquear Roma y no quisiera.*

La impaciencia de las tropas se traduce en irrespetuosas murmuraciones; hay que decidirse sin pérdida de tiempo. En aquellos críticos instantes se dejan ver algunas luces en las murallas, y el Duque, creyendo o fingiendo creer que los de la ciudad les han descubierto y que hacen señas a los franceses para que acudan a atacarles, desiste del asalto y ordena la retirada.

Al poco tiempo, el Rey de Francia, a consecuencia de su derrota por los españoles en San Quintín, llamó a su lado al Duque de Guisa y a su ejército; y el Papa, falto de su principal apoyo, tuvo que apresurarse a firmar la paz con Felipe II. Este ordenó al Duque de Alba que diera excusas en su nombre al Pontífice por haberle declarado la guerra, y el Duque tuvo que hacerlo así, no sin desahogar su contrariedad con estas palabras: *Si yo fuese el Rey de España, en vez de dar excusas, haría que el Papa me las diese en Bruselas por medio de un prelado.* Justo es decir que el Pontífice hizo cuanto pudo por desvanecer su enojo, recibéndole con los más grandes honores, lamentándose de haberle tenido por enemigo y confiriendo a la Duquesa la Rosa de Oro.

Esta guerra contra la coalición papista, como aquella otra contra los protestantes de Alemania, tuvo, por parte del Duque, aunque en orden inverso, dos campañas de opuestos caracteres. En la primera, rápida y au-

daz, quebranta y casi anula el poder militar del Pontífice, sin dar tiempo a que los franceses le socorran; en la segunda, templada y cautelosa, se abroquela tras las plazas fronterizas; concita contra los invasores la animadversión del país, y cuando el doble obstáculo material y moral ha quebrantado el ímpetu enemigo, avanza contra Guisa y le obliga a retirarse sin lucha. Con ello, la guerra quedó ya virtualmente decidida en favor de las armas españolas. Y si la paz no fué tan inmediata ni de tan provechosos resultados para España como correspondía a su indiscutible triunfo militar, se debió, principalmente, al respeto que, a pesar de todo, no podía menos de inspirar a Felipe II la suprema dignidad religiosa del Pontífice. Pero contra el poder de éste y el de Francia, Nápoles permaneció incorporado al trono español, gracias a la espada, una vez más triunfante, del duque de Alba.

CAPITULO VI

LA GUERRA DE LOS PAÍSES BAJOS.

Desde la incorporación de los Países Bajos a la corona de España, hubo entre flamencos y españoles motivos y ocasiones de discordia. La soberbia y rapacidad del señor de Xévres y demás nobles flamencos traídos acá por Felipe *el Hermoso*, habían provocado en nuestro pueblo una despechada hostilidad, sintetizada muy gráficamente en aquella satírica frase: *Guárdeos Dios, doblón de a ocho, que con vos no topó Xévres.*

Carlos V, nacido en Flandes, otorgó al principio a sus conterráneos las mayores preferencias, y ellos le pagaban con adhesión y simpatía muy calurosas; pero estos sentimientos fueron entibiándose a medida que el Emperador iba dando a los españoles mayor y mejor lugar en su favor y confianza, y se trocaron en decidida aversión con respecto a Felipe II, que, sobre ser español y preferir a sus compatriotas, era también, por lo rígido y absorbente de su autoridad y por su intransigencia en materia de religión, incompatible con el afán de emancipación religiosa y política, que, con las ideas luteranas, se iba difundiendo cada vez más en los Países Bajos.

Correspondía el mando de estos países a un Gobernador de nombramiento real, asistido permanentemente por un Consejo de la alta nobleza y, eventualmente, por una Dieta, en la que tenían representación los señores y las ciudades. Aspiraban los nobles flamencos a ejercer predominante influjo en los asuntos públicos, y uno de

ellos, Guillermo de Nassau, príncipe de Orange, era candidato al Gobierno; pero Felipe II, por consejo, entre otros, del Duque de Alba, designó para este cargo a su hermana, Margarita de Parma, con lo cual el de Orange y sus adeptos quedaron hondamente resentidos con el Monarca y con sus consejeros.

Queriendo atajar Felipe el incremento de las doctrinas protestantes, hizo publicar varios edictos, dando mayores vuelos a la Inquisición y decretando el más riguroso cumplimiento de las medidas religiosas acordadas por el Concilio de Trento. A esta actitud del Rey, los descontentos respondieron formando una Liga, que bien pronto dió turbulentas muestras de existencia con desórdenes populares de carácter antiespañol y anticatólico. *No hagáis caso de esos mendigos*, dijo a la Gobernadora el Conde de Barlemont; y esta calificación despectiva fué recogida, como un guante de desafío, por los de la Liga, que, en adelante, se llamaron a sí mismos «los mendigos».

Mientras algunos de los nobles más influyentes acudían a la Gobernadora exponiéndole las quejas y aspiraciones del pueblo, las muchedumbres se entregaban a los mayores excesos, principalmente contra la religión católica y sus ministros, saqueando los templos y maltratando y aun dando muerte a muchos sacerdotes. La Gobernadora, enérgica y prudente, a la vez que reprimía por las armas las demasías de los revoltosos, acogía para transmitir las al Rey las demandas de los nobles, y, entre tanto que el monarca resolvía, aplacaba el rigor de las regias disposiciones por medio del edicto «de la moderación».

Las peticiones transmitidas al soberano se sintetizaban en los que la Historia llama *los tres puntos*, a saber: supresión de la Inquisición, moderación de los edictos (demanda esta atendida provisionalmente, como acabamos de ver, por D.^a Margarita) y perdón general de los revoltosos. Después de pensarlo mucho, Felipe II envió una respuesta dilatoria; pero antes de que llegase a su destino, recibió nueva demanda diciéndole que ya no bastaban los tres puntos y que era indispensable

convocar los estados y someter a su decisión las medidas de gobierno. Ante la gravedad del caso, reunió Felipe su Consejo, en el cual propuso el Duque de Alba «acometer luego», «borrar la revuelta con sangre de los rebeldes y no admitirles, aunque se rindieran, sino con gran sumisión y respeto». El Rey aceptó este consejo y designó para ponerlo en ejecución al mismo Duque de Alba, nombrándole su gobernador universal en los Países Bajos, con autoridad de lugarteniente y capitán general de mar y tierra, dándole facultad para entrar en todas partes, quitar y poner autoridades, conocer de todas las causas referentes al levantamiento, prender, confiscar, perdonar y proveer, en fin, en todas las cosas de aquellos países.

Este nombramiento estuvo a punto de quedar sin efecto del modo más inesperado. El Príncipe heredero, D. Carlos, que tan prematuro y desdichado fin había de tener luego, pensaba que, a falta de su padre, nadie sino él debía ir a poner en orden las cosas de los Países Bajos. Así, llevó a tan mal la designación del Duque de Alba, que, al visitarle éste para despedirse, le acometió con su daga, diciéndole: *No habéis de ir a Flandes u os tengo que matar*. El Duque le sujetó los brazos y forcejeó con él hasta que acudió un gentilhombre, cuya intervención puso término al incidente.

Después de esto emprendió el de Alba su viaje, embarcando en Cartagena el 3 de mayo de 1567, desembarcando en Génova el 17 y dirigiéndose desde allí a Asti, donde pasó muestra al ejército ya reunido para la expedición a Flandes. Formaban parte del cuartel general del Duque: Chapin Vitelli, maestre de campo general; Oliveros, comisario general de la caballería; Zervelloni, general de la artillería; Urbino y Campi, como ingenieros, e Ibarra, proveedor general. La infantería estaba constituida por los tercios de Lombardía, Nápoles, Sicilia y Cerdeña, madados, respectivamente, por Sancho de Londoño, Alfonso de Ulloa, Julián Romero y Gonzalo de Bracamonte, con un total de 8.800 infantes; en este arma introdujo el Duque entonces la novedad de asignar a cada compañía, para la protección de sus flan-

cos, 15 soldados armados de mosquetes con horquilla de apoyo. La caballería, mandada por D. Hernando de Toledo—hijo natural del Duque—y por D. Lope de Acuña, se componía de 11 compañías de a 100 jinetes, diez de ellas de jinetes ligeros con lanzas y la otra de arcabuceros a caballo. Por último, como guardia del Duque figuraban 100 lanzas y 50 arcabuceros, unos y otros escogidos, a las órdenes de Sancho Dávila.

El 8 de julio salió de Asti el ejército en dirección a Flandes. El orden de marcha, justamente notado y encarecido por los historiadores, era el siguiente: Zervelloni e Ibarra, con algunos caballos ligeros y arcabuceros a caballo, iban delante, reconociendo el terreno y preparando alojamiento y víveres; seguía el resto del ejército en tres trozos—vanguardia, grueso o batalla y retaguardia—escalonados a distancias iguales entre sí, calculadas para que pudieran auxiliarse unos a otros en caso preciso, y sucediéndose en los mismos lugares de modo que ninguno levantaba el campo hasta que llegaba el siguiente. Así, cada parte del ejército acampaba en lugar previamente reconocido y preparado por la anterior, se aseguraban los abastecimientos con las menores molestias para los habitantes y se mantenía mejor la vigilancia y buen orden de las tropas. Conocidos los habituales desafueros y abusos de la soldadesca en aquella época, da idea de la severa disciplina establecida por el Duque el hecho de que en todo el largo viaje desde Italia a Flandes no se registró otro acto de rapiña que el de tres soldados que robaron unas ovejas. Los culpables fueron descubiertos y sentenciados a muerte; y a las vivas instancias del Duque de Lorena para que se les perdonase, el de Alba no accedió sino en parte, haciendo que fuera designado por sorteo uno de ellos, el cual sufrió, en efecto, la terrible pena.

El ejército atravesó los Alpes y, pasando por la Saboya, penetró en la Borgoña y llegó en catorce jornadas a Montfleuri, donde se le incorporaron cuatro compañías de caballos; en doce jornadas más llegó a Fonteney (Lorena) y en otras doce a Thionville, ya en la frontera de los Países Bajos, donde recibió, como

nuevo refuerzo, dos coronelías de tropas alemanas; de allí siguió a Flandes por Luxemburgo y entró en Bruselas en 28 de agosto.

Mientras el Duque iba de camino con su ejército, los próceres flamencos, llenos de alarma, discutían el partido que les convendría tomar. El Príncipe de Orange anunció su propósito de irse a Alemania. El Conde de Egmon quiso disuadirle diciéndole: *¿Es decir, que tendré un pariente fugitivo y sin hacienda? A lo que replicó el de Orange: Y yo otro sin cabeza, porque la perderéis después de servir al Duque de Alba de puente para entrar en los Países Bajos y establecer en ellos una autoridad despótica. Y, como tenía decidido, se refugió en Alemania.*

Al llegar el Duque a Bruselas y presentar sus omnímodos poderes a D.^a Margarita, ésta le dijo: «Mi hermano os hace dueño del material de guerra, de los hombres y de las plazas, ¿qué me deja, pues? Los campos para pasear y las iglesias para rezar. Tomadlo todo, Duque, y confundidlo con el terror de vuestras armas.»

Al principio, el de Alba pareció inclinado a la benevolencia; pero el 8 de septiembre convocó a los nobles para mostrarles sus poderes, y al terminar la reunión hizo prender al Conde de Egmont, al de Horn y a otros personajes. El de Egmont dijo al ser arrestado: «Tomad esta espada que tantas veces he desenvainado en defensa del Rey y de mi patria. Tal vez la echéis de menos en mi diestra para sofocar la rebelión que provocáis, y de que tan injustamente me hacéis autor.»

Este violento alarde de autoridad, si realmente exacerbó la malquerencia contra España, reprimió por de pronto sus manifestaciones ostensibles. El 18 del mismo mes de septiembre el Duque escribía así al Obispo de Orihuela: «Fuí recibido en ellos como lo son todos los hombres de nuestra nación; aunque al principio, con pensar que traía grandes poderes, se me metieron debajo de los pies. Después, como fué forzado esconder las uñas, vinieron a tenerme en poco; ahora, con la prisión que se ha hecho de estos señores, parece que vuelven a lo primero.»

Pero mientras se daba patente de rebeldía, por el hecho de prenderles, a hombres como el Conde de Egmont, que hubieran facilitado tal vez una conciliación honrosa, el principal y más irreductible enemigo de España, que era el Príncipe de Orange, se había refugiado ya en Alemania. Cuéntase que el Cardenal Granvela, tan conocedor de los hombres y de los negocios de los Países Bajos, al saber que el de Orange no estaba entre los arrestados, hubo de decir: «Pues nada se ha hecho».

Decidido el Duque a descubrir y extirpar toda semilla de rebeldía, instituyó el «Consejo de los Tumultos», cuya implacable actividad represiva le ha hecho pasar a la Historia con el siniestro nombre de *Tribunal de la Sangre*. Por otra parte y al mismo tiempo, atendía el de Alba a guarnecer, abastecer y reparar las plazas más importantes, reunía sus fuerzas en posición central en Bruselas y Amberes, reclutaba nuevos soldados en las provincias católicas del Sur y hacía venir de Francia un cuerpo de tropas que, a las órdenes del Conde de Aremberg, había ido a prestar ayuda a Carlos IX contra los hugonotes; todo ello para oponerse a la inminente ofensiva del Príncipe de Orange, que había conseguido levantar un ejército en Alemania.

Según el plan de campaña de este último, sus hermanos Luis y Adolfo invadirían los países Bajos de Norte a Sur, entrando por la provincia septentrional de Frisia; él mismo entraría por la parte central, o sea por el Brabante, de Este a Oeste, y el Conde de Coqueville, con un cuerpo de hugonotes franceses, penetraría desde Francia por el Artois y el condado de Namur.

Luis de Nassau invadió, en efecto, la Frisia, se apoderó de Dam y Delfzul y marchó sobre Groninga; pero habiéndole salido al encuentro las tropas de Aremberg, detuvo su avance y se atrincheró en los pantanosos parajes de Heyligerlée. El de Aremberg se estableció frente a él, en espera de refuerzos que se le habían anunciado; pero sus soldados le incitaron a atacar, llegando a motejarle de cobarde. «Vamos, pues así lo queréis —dijo el Conde—, a buscar una segura derrota, tanto

más terrible cuanto que no será debida al valor del enemigo, sino a vuestra ceguedad. Mi muerte en el combate os probará cuán injustos sois al tacharme de cobarde.» Y así fué: el Conde y 500 de los suyos quedaron muertos en el campo; los bagajes y seis piezas de artillería cayeron en poder del enemigo; los supervivientes se acogieron a las tropas del Conde de Megue, que acudía ya en refuerzo del desdichado Aremberg.

Al saber el desastre de Heyligerlée, el Duque envió a Chapin Vitelli a Groninga, para que la defendiese hasta que él mismo pudiera llegar, levantó y organizó nuevas tropas para acrecer su ejército, aseguró bien las plazas principales, como Bruselas, Maestricht y Amberes, y se dispuso a marchar. Pero antes, queriendo, sin duda, inmovilizar por el terror a los desafectos que tenía que dejar a sus espaldas, hizo ejecutar, como consecuencia de los procesos que se les habían formado, al burgomaestre de Bruselas, al secretario del Conde de Egmont, a veinte caballeros y, en fin, al mismo Egmont y al Conde de Horn. Y luego de poner tan sangriento prólogo a la campaña que iba a iniciar, marchó a tomar el mando del ejército, previamente concentrado en Bois-le-Duc, y emprendió, el 2 de julio, el avance hacia Groninga.

El 14 del mismo mes se enfrentó con Luis de Nassau, que se había situado con sus tropas a la proximidad de dicha plaza. La posición ocupada por los rebeldes hallábase protegida en su frente por el canal de Groninga a Dam, sobre el cual había dos puentes de madera; delante del canal, de uno a otro puente, se extendía una línea de trincheras; al otro lado de él, una casa aspillerada defendía cada uno de los puentes, y a la izquierda de la posición se alzaba, dominándola, otra casa situada en una altura.

El Duque dispuso inmediatamente el ataque. Con arreglo a sus órdenes, mientras César Dávalos, con la caballería ligera, escaramuceaba amagando la derecha enemiga, Gaspar de Robles, con los arcabuceros a pie de su coronelia, forzó el puente de la izquierda y atacó a los rebeldes por este costado, a la vez que Alonso de

Ulloa, luego de haber tomado las trincheras de delante del canal, pasaba éste y atacaba de frente la posición enemiga. La violencia y simultaneidad de estos ataques fueron irresistibles para las tropas de Nassau, que abandonaron el campo con bastantes pérdidas y dejando en poder de los nuestros algunos cañones.

El Duque fué en seguimiento de los rebeldes, y les alcanzó, el 21 de julio, cerca de Gemmingen. Habíase establecido Luis delante de esta aldea, con su derecha apoyada en el golfo de Dollart y su izquierda en el río Ems. El terreno del frente, muy pantanoso y obstruido por canales y acequias, no ofrecía más camino viable que un dique, el cual se hallaba enfilado por una batería de diez piezas, apoyada a su vez, por ambos flancos, en sendos reductos guarnecidos por arcabuceros. Por otra parte, bastaba con abrir las compuertas de los canales para inundar por completo el campo.

Los españoles avanzaron por el dique en una sola columna. Sancho Dávila, que mandaba la vanguardia, cayó sobre algunas tropas enemigas en el momento en que se disponían a abrir las compuertas de los diques; y, pese a los refuerzos recibidos por aquéllas, secundado Dávila a su vez por Julián Romero y Sancho de Londoño, tuvieron que retirarse los rebeldes sin lograr su intento. A poco, sin embargo, creyendo habérselas solamente con las fuerzas de Dávila, Romero y Londoño, porque los accidentes del terreno ocultaban al resto del ejército, avanzaron contra ellas en dos profundas columnas que, recibidas por el fuego de los arcabuceros, se desordenaron y empezaron a retroceder. Aprovechando esta ocasión, D. Lope de Figueroa, con los mosqueteros del tercio de Sicilia, avanzó rápidamente y se apoderó de la batería que enfilaba el dique, abriendo así el camino a Dávalos, que, al frente de la caballería, irrumpió a galope en el campo enemigo, decidiendo la victoria. Los rebeldes se dieron a la fuga, perseguidos por los vencedores. Siete mil de aquéllos quedaron en el campo; 16 piezas y 20 banderas cayeron en poder de los nuestros. Luis de Nassau escapó a nado hasta que

pudo alcanzar una barca que le llevó a la orilla derecha del Ems.

Aniquilado así el ejército de Luis, y habiendo fracasado también la invasión emprendida desde Francia por Coqueville, no quedaba al Duque de Alba otro adversario en armas que el Príncipe de Orange, bien que éste fuese con mucho el más temible, tanto por su prestigio y valía como por el número de sus tropas. Al frente de 18.000 infantes, 9.000 caballos y 10 piezas, se dirigió a cruzar el Mosa por Lieja; pero como los de esta plaza le negaran el paso, siguió agua abajo del río y lo franqueó por entre Ruremonde y Maestricht, encaminándose hacia el Oeste en dirección a Bruselas.

El Duque de Alba, que sólo disponía por entonces de tropas muy inferiores en número (14.000 infantes, 5.000 caballos y la correspondiente artillería), en vez de oponerse directamente al avance de Guillermo, se dedicó a seguirle de cerca, impidiéndole hacer destacamentos, dificultando sus convoyes, estorbándole, en fin, la vida y el reposo, sin arriesgarse al trance de una batalla decisiva y en acecho de que cometiese un descuido para hacérselo pagar duramente. Cuéntase acerca de esto, que al pasar los orangistas el río Gete, los nuestros, que, como siempre, les seguían de cerca, quisieron precipitarse sobre ellos, bastando apenas a contenerles la severa y terminante prohibición del Duque. Despechado por ello, un capitán de dragones arrojó al suelo la pistola que tenía en la mano, diciendo en alta voz: *Está visto que el Duque nunca quiere pelear.* El de Alba oyó esta exclamación, y dijo sonriendo: *Así debe ser: los soldados, deseando combatir siempre; los generales, cuando convenga.*

El de Orange, pues, cruzó el Gete sin dificultad; pero viéndose continuamente acosado por el Duque, sin ninguna plaza en que apoyarse y muy escaso de víveres, cambió de dirección hacia Namur, donde se le incorporaron 3.000 hugonotes franceses. Sin embargo de este refuerzo, como su situación empeoraba cada vez más, por falta de abastecimientos, decidió retirarse a Alemania; y no habiendo podido tampoco esta vez obte-

ner ni forzar el paso por Lieja, y viéndose siempre amenazado por el Duque, remontó el curso del Mosa y luego el del Sambre y entró por San Quintín en Francia, desde donde, disuelto su ejército y con sólo 500 hombres, tomó la vuelta de Alemania.

La rebelión armada estaba vencida; pero la rebelión de los espíritus persistía, y el Duque no supo apaciguarla. Para conmemorar su victoria se hizo erigir en Amberes una estatua triunfal, pensando, sin duda, humillar solamente a los rebeldes, pero hiriendo, en realidad, los sentimientos de todo el país. Para premiar, en cambio, a los arrepentidos y sumisos, pidió y obtuvo del Rey medidas de perdón; y aunque este perdón no era general y aunque subsistía la intolerancia más absoluta respecto a las ideas protestantes, algunos quisieron demostrarle su gratitud ofreciéndole un importante donativo en metálico; pero el Duquese negó a aceptarlo, con el mismo altivo desinterés con que había rechazado de manos de Carlos V la investidura del ducado de Wurtemberg.

Inaccesible, como lo era, a toda tentación de personal provecho, no podía, sin embargo, desentenderse de la necesidad de dinero, cada día más apremiante, para el pago de las tropas y para otras atenciones de la gobernación de los Estados; y como el Rey no se lo enviaba en medida suficiente, apeló al oneroso y aborrecible recurso de gravar en la décima parte de su valor todas las ventas de bienes muebles. La irritación que produjo esta impolítica medida se sobrepuso a la ejemplaridad del pasado escarmiento y fué motivo muy principal de que estallase de nuevo la insurrección.

El 2 de abril de 1572, una expedición naval de los rebeldes («mendigos marítimos») desembarcó por sorpresa en la isla holandesa de Voorne y se apoderó de la plaza de Brielle; otras, como Zupthen, fueron también tomadas por los rebeldes; otras muchas tan importantes como Flessinga, Leyden y Mons, se pasaron a ellos o les abrieron sus puertas; las que permanecían fieles estaban incomunicadas entre sí a causa de las partidas rebeldes que pululaban por todo el país; y,

en fin, el Príncipe de Orange, al frente de un nuevo ejército, se aprestaba a invadir otra vez el Brabante. Tan grave llegó a ser la situación, que algunos aconsejaron al Duque que se refugiase en Amberes.

Pero el de Alba no sólo se negó a ello sino que, habiendo llegado por entonces el Duque de Medinaceli, designado desde mucho antes para reemplazarle, hízole ver lo inconveniente de un cambio de mando en tales circunstancias, y siguió al frente del gobierno, decidido a combatir a todo trance la insurrección.

Acudió primero a las provincias del Sur, y en poco tiempo las redujo a la obediencia. Amenazada por él la plaza de Mons, acudió el de Orange a socorrerla; pero hallando a los realistas siempre prevenidos y en posiciones ventajosas, no pudiendo atraerles a terreno favorable para él y sufriendo continuas pérdidas en las escaramuzas y sorpresas de que tanto y tan sagazmente usaba el Duque, tuvo que emprender la retirada, no deteniéndose hasta llegar a Malinas. Y se cuenta que habiendo alguien preguntado al de Orange cómo volvía tan malparado un ejército superior, hubo de contestar el Príncipe *que el inferior lo gobernaba el Duque de Alba, eminente en el arte de la guerra a los que él había conocido.*

La campaña para someter las provincias del Norte fué más larga y porfiada, sobresaliendo en ella el sitio de Harlem. Esta plaza, fuerte por sí misma, lo era más todavía por su privilegiada situación entre el mar del Norte, al Oeste, y el llamado mar de Harlem, al Este; mas, por lo mismo, su posesión era de la mayor importancia para el dominio de Holanda, y el Duque resolvió apoderarse de ella a toda costa. Encontrándose enfermo e incapacitado por entonces para el mando personal de esta empresa, la encomendó a su hijo D. Fadrique. Este, apenas llegado ante la plaza, la hizo batir por su artillería, y, abierta brecha, lanzó sus tropas al asalto; pero, habiendo sido rechazado con graves pérdidas, desistió de tomarla a viva fuerza y tuvo que ponerle sitio en toda regla. A pesar de la incesante vigilancia de los sitiadores, los sitiados recibían con frecuencia vive-

res y refuerzos de sus correligionarios del exterior, con los que se comunicaban por diversos e ingeniosos medios, entre los que merece especial mención el empleo de palomas mensajeras. Al cabo de varios meses de inútiles esfuerzos, D. Fadrique, desalentado, consultó a su padre si debía levantar el sitio. El Duque le contestó: *Si queréis que os reconozca por hijo, es menester que toméis la ciudad o que muráis en el sitio. Si fueseis muerto, aunque postrado por mis dolencias, iré a ocupar vuestro lugar, y si tengo la misma suerte antes de salir bien, vuestra madre vendrá de España a acabar el sitio o a perder la vida.*

Enardecido por esta implacable respuesta D. Fadrique, y transmitido su ardimiento a las tropas, el empeño fué proseguido con redoblados bríos. Una escuadra realista, mandada por el Conde de Bossu, penetró en el mar de Harlem y, derrotando a la flota rebelde, se hizo dueño de él, con lo cual quedó cerrado el cerco de la plaza. Cuando ya los sitiados, hambrientos y deprimidos, se disponían a rendirse, el Príncipe de Orange les avisó, por medio de una paloma mensajera, la inmediata llegada de una fuerte expedición de socorro; pero los españoles, aleccionados y apercibidos ya contra este medio de comunicación, cazaron la paloma, interceptaron el despacho y sorprendieron la expedición, apoderándose de casi todo el convoy que conducía. Perdida ya toda esperanza, los defensores capitularon, y D. Fadrique entró, por fin, victoriosamente en Harlem el 14 de julio de 1573, a los siete meses de sitio.

Sin embargo, la rebelión, lejos de extinguirse, cundía más y más. Los enemigos que en la corte de España tenía el Duque, achacaban a éste, acusándole de crueldad y codicia, la prolongación de la guerra. El Rey mismo llegó a compartir esta creencia, y en una de sus cartas escribió al Duque: *Nunca tendré dinero bastante para llenar vuestra codicia; pero sin trabajo hallaré un sucesor hábil y fiel que terminará con su moderación y clemencia una guerra que no se puede fenecer por las armas ni en fuerza de severidad.*

Nadie tenía menos derecho que Felipe II para dirigir

tales acusaciones al que no había querido ser otra cosa que un fiel ejecutor de sus designios. El Duque solicitó su relevo, y el Monarca nombró para reemplazarle a D. Luis de Requesens. El 29 de noviembre de 1573, el nuevo gobernador recibió el mando, de manos del Duque, y éste abandonó seguidamente los Países Bajos, dirigiéndose a Italia y después a España.

En una cosa tenía razón Felipe II, y de ella estaba ya persuadido el Duque, aunque uno y otro la veían demasiado tarde: en la imposibilidad de acabar por las armas la guerra de los Países Bajos. Pero nadie hubiera podido acercarse más a ese imposible de lo que se acercó el Duque de Alba. El período de su mando en Flandes, el más sombrío de su historia de gobernante, es quizá el más glorioso de su carrera de soldado. Mientras su férrea intolerancia política y religiosa, acusada por el Rey, o, cuando menos, al unísono con él, se estrella ante las ideas y sentimientos de un pueblo, sus empresas militares rayan casi en la perfección. La marcha inicial desde Italia a Flandes ha quedado en la Historia como un modelo de lo que ahora se llama «logística». Sus campañas en los Países Bajos, como las anteriores de Alemania y de Italia, muestran el anverso y el reverso de su personalidad militar: acometedor y fulminante contra el débil e inepto Luis de Nassau; mesurado y prudente cuando su adversario es tan capaz y poderoso como lo era el Príncipe de Órange. En un caso, el Duque de Alba es «el rayo de la guerra»; en el otro, «el Fabio español».

CAPITULO VII

LA CONQUISTA DE PORTUGAL.

El monarca portugués D. Sebastián, arrastrado por su ardor religioso y caballeresco, resolvió emprender una expedición a Marruecos para luchar contra los moros. Los magnates de su corte, así como su tío Felipe II y el Duque de Alba, quisieron disuadirle de tal empeño; pero él se obstinó en llevarlo adelante, y pidió al Duque, por escrito, su consejo sobre el plan de campaña. Desembarcado ya en Africa, recibió la respuesta del general castellano, en que le decía: «Todavía me parece que con determinada voluntad quiso vuestra majestad pasar en Africa sin darme de ello aviso»; y a continuación le aconsejaba que no se alejase mucho de las costas, «porque para internarse en el reino de Marruecos necesitaba doble número de soldados que el que llevaba y gran provisión de víveres». No atendió estas recomendaciones el joven Monarca, y en la desastrosa batalla de Alcazarquivir, el 4 de agosto de 1578, perdió la corona y la vida.

Le sucedió en el trono su anciano tío, el Cardenal Don Enrique, Obispo de Evora, que murió, sin sucesión directa, dos años después. El mejor derecho a la corona de Portugal estaba de parte de Felipe II, como hijo de la hermana primogénita del soberano portugués Juan III; pero frente a él se alzó la candidatura del prior de Crato, D. Antonio, nieto bastardo de Manuel *el Grande*, apoyada por gran parte del pueblo portugués.

Felipe II, en consecuencia, decidió apelar a las armas. Para esta eventualidad tenía ya prevenido un ejército desde antes de la muerte de D. Enrique; y al elegir al general que había de mandarlo, se fijó, desde luego, en el duque de Alba.

No se crea por esto que sus relaciones con él fuesen muy cordiales. Desde la humillante destitución del gobierno de Flandes, el Duque seguía en desgracia de su Rey, agravada últimamente por cierto episodio de índole familiar. Sucedió que una dama de la reina, después de otorgar sus favores al Marqués de Coria, D. Fadrique, hijo del Duque, habíale reclamado la reparación de su honra. Los reyes apoyaron esta demanda, exigiendo a D. Fadrique que diese su mano a la agraviada; y como se negase a ello, fué aprisionado. Requerida por el Rey la intervención del Duque, no sólo apoyó éste la resistencia de su hijo, sino que le ayudó a evadirse de la prisión para contraer matrimonio con su prima, D.^a María de Toledo, imposibilitando así la reparación que se le exigía. El Rey llevó tan a mal esta desobediencia, que confinó al Duque en el castillo de Uceda, donde todavía continuaba al emprenderse la conquista de Portugal.

No era de creer, por todo ello, que el ilustre soldado estuviera muy deseoso de prestar nuevos servicios a un señor que tan mal le había pagado los anteriores. Además, el Duque tenía ya setenta y dos años. Y, por otra parte, algunos cortesanos desaconsejaban al Rey tal nombramiento diciéndole que, dadas la altivez y severidad del Duque, era muy de temer «que de los amigos hiciese neutrales; de los neutrales, enemigos, y de los enemigos, obstinados rebeldes».

Pero Felipe II no desistió. Desde que el Duque había regresado de Flandes, el tiempo transcurrido y la persistencia allí de la rebelión, a pesar de los esfuerzos de sus sucesores, habían hecho olvidar sus desaciertos políticos y dado cada vez más relieve a sus victorias militares. Ningún otro general le igualaba en autoridad y prestigio para garantizar el éxito de la empresa de Portugal. Y siendo esto así, ni su avanzada edad, ni las

quejas que pudiese tener habían de ser obstáculo para que el Rey mandase y el vasallo obedeciese. Tal creía Felipe II, y estaba seguro de que el Duque opinaba de la misma manera.

Le envió, pues, a decir «si se hallaría con salud para gobernar la guerra y el ejército». El Duque le contestó que nunca había reparado en la salud para servirle. Al abandonar su prisión para ponerse al frente de las tropas, cuéntase que dijo: *Encadenado me manda el Rey a que le conquiste reinos.*

El ejército, fuerte, de unos 30.000 hombres, se concentró en Badajoz, mientras en las costas andaluzas se reunía, para operar en combinación con él, una escuadra de 60 buques, a las órdenes del Marqués de Santa Cruz.

El prior de Crato, proclamado por sus partidarios Rey de Portugal, allegó las mayores fuerzas que pudo, y se dispuso a rechazar la invasión. Creyó, desde luego, que los españoles intentarían cruzar el Tajo para marchar sobre Lisboa, y para ello, dada la anchura de la ría y la protección de las galeras portuguesas, remontaría el curso de aquél para pasarlo por Santarém. Con arreglo a tal hipótesis, concentró alrededor de esta plaza el grueso de sus tropas.

Pero el Duque de Alba, después de cruzar la frontera el 25 de junio de 1580 y de pasar, sin resistencia, por Elvas, Evora y Estremoz, se limitó a destacar algunas fuerzas en demostración hacia Santarém, para mantener en su error al de Crato, y marchó sobre Setúbal, que se le rindió sin combate, y donde poco después se le incorporó la escuadra con algunos refuerzos.

Embarcando allí con una parte del ejército, amagó un desembarco en la playa de San Antonio, y mientras el gobernador de Cascaes acudía a rechazar el imaginario peligro, desembarcó en la Marina Vieja, al pie mismo de Cascaes, apoderándose de la ciudad y castillo de este nombre. Tan arriesgada hubo de parecer aquella operación, que un oficial veterano se atrevió a decir al Duque: *Señor, acción es ésta, por lo temeraria, más propia de un joven de veinte años que de un general encanecido en la*

guerra. Tenéis razón—le respondió el Duque, alzando los hombros—; pero con enemigo tan inexperto debe uno atreverse a todo; mirad, si no, qué fácilmente le hemos engañado.

Para abrir paso a la escuadra era necesario tomar los fuertes de Cabeza Seca y de San Julián, que defendían la entrada de la ría. Pero antes de atacarlos, el Duque dirigió al prior de Crato un mensaje ofreciéndole honrosas condiciones de paz a cambio de que reconociese la soberanía de Felipe II. Al principio iban las negociaciones por buen camino; pero como en una carta del Duque al prior le hubiese dado el tratamiento de «señoría» y no el de «excelencia», D. Antonio se irritó y dijo al emisario: «Haced presente al Duque que es ya imposible todo acuerdo entre nosotros, y que si los míos no me niegan la obediencia y siguen mi ejemplo, venceremos en esta empresa o moriremos todos.» Todavía intentó el de Alba reanudar los tratos enviándole un nuevo mensaje; pero el prior se negó a escucharlo, diciendo altivamente: «Los reyes son reyes, y los capitanes capitanes, y las victorias las da Dios.»

En vista de ello, el Duque hizo atacar el fuerte de San Julián, que se rindió bien pronto. El de Cabeza Seca fué abandonado por sus defensores antes de que se le atacase. Con lo cual, y tomada a poco la torre de Belén, la escuadra española pudo entrar en la ría y ahuyentar a las galeras portuguesas.

El de Crato, que había reforzado su ejército haciendo tomar las armas a todos los ciudadanos útiles de Lisboa, acudió a detener el avance de los españoles hacia la capital, situándose en la orilla izquierda del Alcántara, en el punto en que este río afluye al Tajo. El flanco izquierdo de los portugueses se apoyaba en la ría; el frente—y, en particular, el ala izquierda, que era la más peligrosa, por estar en ella el único puente que por aquellos parajes cruzaba el Alcántara—hallábase defendido por trincheras y baterías; el paso del puente estaba dominado por un molino y una casa copiosamente guarnecidos y bien fortificados.

El Duque de Alba dispuso sus fuerzas en la orilla

derecha del Alcántara, en esta forma: el ala derecha se hallaba constituida por la infantería italiana y parte de la alemana, a las órdenes de Colonna, teniendo a su retaguardia la artillería, emplazada en unas alturas; el centro, por la infantería española y el resto de la alemana, mandadas personalmente por el Duque; y la izquierda, por toda la caballería y siete mangas de arcabuceros, una y otros a las órdenes de Sancho Dávila. La escuadra, marchando por la ría, servía de apoyo al flanco derecho, con la especial misión de batir a las galeras enemigas.

El plan de ataque adoptado por el Duque fué el siguiente: mientras él mismo, por el centro, amagaba al centro enemigo para atraer sobre sí la mayoría de sus fuerzas, las tropas de Colonna, apoyadas por la artillería, atacarían a fondo la izquierda contraria por el puente, y Sancho Dávila, con los jinetes y arcabuceros, cruzaría el Alcántara aguas arriba, para caer por sorpresa sobre el flanco derecho de los portugueses.

El primer ataque de Colonna fué rechazado; pero embistiendo por segunda vez, forzó el paso del puente y se apoderó del molino y de la casa. Viendo en peligro su izquierda, los portugueses acudieron a reforzarla, trabándose por aquella parte una encarnizada lucha. Concentradas en ella la atención y la mayoría de las fuerzas del enemigo, Sancho Dávila pudo, sin ser notado, remontar el curso del Alcántara hasta rebasar el frente contrario, cruzar el río y acometer a los portugueses por el flanco derecho. Desconcertados éstos por el nuevo e inesperado ataque, y herido en la refriega el prior de Crato, abandonaron el campo. Entre tanto, la escuadra española había derrotado también a las galeras portuguesas.

Después de esta victoria, los españoles entraron sin resistencia en Lisboa. El prior de Crato, con los restos de su ejército, se refugió en Coimbra y más tarde en Oporto, hasta que, derrotado nuevamente por Sancho Dávila, se embarcó para Francia. Felipe II, reconocido Rey por los portugueses, después de reunir Cortes en

Thomar, entró en Lisboa, donde fué solemnemente coronado el 29 de junio de 1581.

De todas las campañas del Duque de Alba, ésta de Portugal, sin ser ni con mucho la más difícil, es quizá la más variada y artística. En ella vemos combinadas las dos opuestas modalidades que hemos señalado como características de su personalidad militar. Desde el primer momento toma la ofensiva, pero no con la fulminante rapidez ni con la implacable resolución que solía, sino mixtificándola con las estratagemas y amagos habituales en sus planes defensivos y hasta demorándola con negociaciones políticas. Como no teme que la inferioridad enemiga se torne de un día a otro en superioridad, no le acucia, como otras veces, la urgencia de aprovechar una ocasión fugitiva; ni había lugar tampoco a que le animase contra los portugueses, católicos, aquel fanatismo religioso que le impulsaba al exterminio de los herejes alemanes o flamencos. Diríase que, exento por primera vez de un imperativo inexorable y perentorio, había encontrado la ocasión de desarrollar a placer todas sus capacidades de artista de la guerra y se había recreado en «poner cátedra». En los sucesivos hechos de la campaña—y muy señaladamente en la demostración hacia Santarem, en el desembarco en la Marina Vieja y en la disposición de las tropas y plan de ataque de la batalla de Alcántara—no solamente luce la diversidad de procedimientos y expedientes atesorados en su dilatada experiencia bélica, sino que se le ve entregarse a veces a la improvisación, arriesgarse a empeños temerarios, «hacer alegrías», en fin, con la misma confianza y despreocupación que pudiera mostrar un consumado profesor de esgrima en asalto con un discípulo poco aventajado. Seguro de la victoria, quiso, sin duda—y lo consiguió—, obtenerla, por añadidura, engalanada con todos los adornos del arte.

Y cuenta que cuando así guerreaba el Duque, no sólo pesaba sobre él la carga de sus setenta y tres años, sino que su salud se hallaba minada por dolencias conítradas de muy antiguo en la azarosa vida de campaña.

Sólo su inextinguible vocación guerrera y, por encima de ella y de todo, su inflexible concepto del deber, pudieron sostenerle hasta el fin de la obra emprendida. Así, terminada victoriosamente la campaña, sometido el reino de Portugal a Felipe II y coronado éste en Lisboa, el Duque le pidió licencia para retirarse a su casa. El Monarca se negó a consentirlo, endulzando la negativa con la especie de que no quería separar de su lado a tan buen servidor y consejero; pero en lo sucesivo no se cuidó gran cosa de requerir ni sus consejos ni sus servicios. El de Alba siguió, pues, en la corte de Lisboa, aunque sin intervenir ya en los negocios del Estado, «tanto—dice Cabrera de Córdoba—por el poco afecto que Felipe le tenía, como por los padecimientos que aquejaban al Duque».

Estos padecimientos, lejos de hallar alivio en el reposo, parecieron agravarse con él. La fiebre lenta que desde años atrás combatía tenazmente al caudillo, sin poder abatirle mientras se hallaba galvanizado por los estímulos de la actividad y de la lucha, ahora, en la triste penumbra de aquella pasividad desairada, le asaltó victoriosamente hasta conducirlo al sepulcro. El 12 de enero de 1582, a los setenta y cuatro años de edad, en el palacio real de Lisboa, murió el gran Duque de Alba. Otro español no menos grande, el insigne Fray Luis de Granada, le asistió espiritualmente en sus últimos instantes, preparando su alma para comparecer ante la divina justicia.

FIN

OBRAS DE CONSULTA

- AHUMADA: *Guerra de 1546-47 en Alemania.*
ALMIRANTE: *Diccionario militar.*
ALVAREZ COQUE Y CASTRO: *Historia militar.*
AVILA Y ZÚÑIGA: *Comentario de la guerra de Alemania hecha por Carlos V.*
BARADO: *Museo militar.*
CABRERA DE CÓRDOBA: *Felipe II, Rey de España.*
CÁNOVAS DEL CASTILLO: *Roma y España a mediados del siglo XVI.*
CAPEFIGUE: *Histoire de la Réforme, de la Ligue et du regne d'Henry IV.*
CERISIER: *Tableau de l'histoire générale des Provinces Unies.*
CLONARD (CONDE DE): *Historia orgánica de las armas de Infantería y Caballería.*
COLOMA: *Las guerras de los Estados Bajos.*
DUQUESA DE BERWICK Y DE ALBA: *Documentos escogidos del archivo de la Casa de Alba.*
FORNERON: *Histoire de Philippe II.*
GACHARD: *Correspondance de Philippe II sur les affaires des Pays-Bas.*
GUIZOT: *Historia de Francia.*
LAFUENTE: *Historia general de España.*
LAVISSE ET RAMBAUD: *Histoire générale du IV^o siècle a nos jours.*

- MARTÍN ARRÚE: *Campañas del Duque de Alba.*
MENDOZA: *Comentarios de las guerras de Flandes.*
MONTLEY: *Fondation de la Republique des Provinces Unies.*
MONTLUC: *Comentaires.*
NAVARRO Y BERENGUER: *Notas de Historia militar.*
PRESCOTT: *Histoire du regne de Philippe II.*
ROBERTSON: *Historia del reinado del Emperador Carlos V.*
RUSTANT: *Historia de D. Fernando Alvarez de Toledo (llamado comúnmente el Grande), primero del nombre, Duque de Alba.*
SANDOVAL: *Historia del Emperador Carlos V.*
ULLOA: *Comentarios de la guerra del Duque de Alba en Flandes.*
VAREN DE SOTO: *Las guerras de Flandes, desde la muerte del Emperador Carlos V hasta la conclusión de la tregua de los doce años, escritas por el eminentísimo Cardenal Bentivoglio.*



C.I.A.P.